

BANCES CANDAMO, FRANCISCO (1662-1704)

*POR SU REY Y POR SU DAMA*

ÍNDICE:

ACTO I  
ACTO II  
ACTO III

PERSONAJES:

HERNÁN TELLO PORTOCARRERO.  
EL CONDE DE SAN POL.  
CARLOS DUMELINO, *francés*.  
FRANCISCO DEL ARCO, *español*.  
RENOLT, *francés*.  
MADAMA DE SAN POL.  
MADAMA SERAFINA, *francesa*.  
FLORA, *criada*.  
NISE, *criada*.  
ERNESTO PLEYSI, *barba*.  
CARRASCO, *gracioso*.  
RICARTE, *criado*.  
ORTIZ, *vejete*.  
SOLDADOS.  
ACOMPAÑAMIENTO.

ACTO I

La escena es en Dorlan y Amiens.

*Escena I*

Decoración de sala.

Sale PORTOCARRERO a la española, con bastón, FRANCISCO DEL ARCO, con gineta, todos con banda roja, y CARRASCO, soldado.

HERNÁN TELLO

Necia es tu curiosidad,  
y me cansa tu porfía.

CARRASCO

Es a la honradez mía,  
a mi fe y a mi lealtad  
traición, que no he de sufrir.

HERNÁN TELLO

Pues no sufras, ¿qué has de hacer?

CARRASCO O he de empezar a saber,  
o he de acabar de servir.

FRANCISCO

Hágame Vueseñoría  
juez árbitro entre los dos,  
que es novedad, vive Dios,  
despedirse con porfía  
Carrasco, habiendo servido  
tantos años en su casa.

HERNÁN TELLO

Su locura a tanto pasa  
que se ha dado por sentido  
de advertir, que de él recato,  
con algún recelo justo,  
una alhaja de mi gusto.

CARRASCO

Diga usted, que es un retrato.

FRANCISCO

¿Pues eso os causa disgustos?

CARRASCO

Y que he de ahorcarme creo.  
Diez años ha que poseo  
la intervención de los gustos  
de Hernán Tello, mi señor,  
gobernador de Dorlan,  
a quien en Flandes le dan

tanta fama de valor,  
como de amante rendido;  
pues entre una y otra dama,  
tiene al mismo paso fama  
de hombre el más derretido,  
y más ciego de pasión,  
que hay en el mundo entero,  
que tiene el buen caballero  
de azúcar el corazón.  
Porque entre otros caballeros,  
una dama, en un festín,  
le dijo con retintín:  
cierto, que me cansa el veros,  
de Bruselas se ausentó,  
y no ha vuelto más allá,  
diciendo: ¿qué se dirá  
de que un hombre como yo,  
la vez que a servir me ajusto  
a alguna dama galante,  
no le quite de delante  
cosa que le dé disgusto?  
Un día, con hartó frío,  
en Amberes abordó  
a un coche, que pasar vio  
por la margen de aquel río:  
se pintó tan abrasado  
de sus rayos y sus llamas,  
que dijo una de las damas:  
si estáis tan abochornado,  
templad con esa agua el fuego:  
y es su locura tan fiera,  
que sin decir ropa fuera,  
se zampó en la esquelda luego;  
y mojándose bien, hasta  
que se iba ya sumergiéndose,  
salió muy fresco, diciendo:  
hice el remedio y no basta,  
y supuesto, que el ardor  
empezasteis a curar,  
obligada estáis a dar  
otro remedio mejor.  
Siendo éstos sus desvaríos,  
que a pagar de mi dinero,  
puede ser el caballero  
de los tristes amoríos:  
sin mí no supo tenerlos,

sufriendo yo al endilgarlos  
la fatiga de pasearlos,  
por el gusto de saberlos;  
hasta que ha dado unos días,  
con terneza y con recato,  
en mirar cierto retrato,  
con graves melancolías,  
sin permitírmele ver,  
y eso no he de consentir,  
¿pues de qué sirve el servir,  
si no sirve de saber?

#### HERNÁN TELLO

Ven acá, no es sin razón,  
¿que un tan valiente soldado,  
y en el ejército honrado,  
haya dado en ser bufón?  
Con lástima considero  
de tu genio lo estragado  
cuando a Flandes no ha pasado  
mejor caballo ligero.

#### CARRASCO

No puedes asegurar,  
que soy, aunque sea así,  
bufón: pues fuera de ti  
nadie me lo ha de llamar.  
Bufón es aquel, a quien  
otros bufón le llamaron;  
si a espaldas lo murmuraron,  
yo lo murmuro también.  
Digo a todos cuanto siento,  
del general al soldado;  
si por esto no he medrado,  
por eso vivo contento.  
Y la hacienda más crecida,  
sólo porque más te asombre,  
le puede servir a un hombre  
de pasar alegre vida.  
Yo la paso, con decir  
cuanto siento, y sin hablar;  
más de lo que he de medrar  
es lo que me he de podrir.  
Que aquel que afectado ves,  
es, haciéndose a sí mal,  
verdugo del natural,

y mártir del interés.  
De lo que digo, tal cual,  
todos de risa se quiebran,  
y yo, de ver que celebran  
el que de ellos digo mal.

#### FRANCISCO

Carrasco se queja bien,  
y a mí también perdonad;  
vuestro amor y mi lealtad  
la confianza me den,  
de que sepa mi atención,  
¿quién es la beldad, que pura  
calificar su hermosura  
pudo con vuestra elección?  
y de camino sepamos,  
puesto que a saber venimos,  
en la Quinta que asistimos,  
¿qué huéspedes aguardamos?

#### HERNÁN TELLO

El príncipe de Condé,  
que de valiente y honrado  
está en Flandes retirado  
de su Rey Enrique, que  
arde en loco frenesí,  
que con su belleza incita  
la princesa Margarita  
de Condé y Montmorensí;  
como tan mi afecto es,  
hoy me ha escrito, que aquí hospede,  
cuanto la tregua concede  
a un caballero francés,  
que con su familia y casa,  
habiendo el puesto acabado,  
a los cantones de enviado,  
a ser gran potestad pasa  
de Amiens, y aunque es condición  
que ninguno ha de intentar  
en país del otro entrar  
durante esta suspensión  
de armas, y de hostilidad  
que hay por dos meses, a fin  
de conferir en Berlín  
ciertos acuerdos de paz,  
por no romper el concierto,

del príncipe se valió  
que pasaporte saco  
del gran archiduque Alberto  
para entrar en sus países,  
en tránsitos y mansiones,  
hasta donde los Leones  
tremolan sobre las Lises.  
Y siendo Amiens, en la fría  
margen del Soma, elevada  
cabeza en la dilatada  
provincia de Picardía;  
y en fin de Dorlan frontera,  
cuando él pase destinado  
a mandar su Magistrado,  
quizá dañarnos pudiera:  
que con cautela o con traza,  
si es que dentro le hospedase,  
por menor examinase  
las defensas de la plaza.  
Y así su estancia ha de ser,  
porque el cansancio repare  
lo que el tránsito durare,  
esta casa de placer.  
Y pues tu curiosidad  
saber quiere mis extremos,  
oye, que así engañaremos  
del tiempo la ociosidad.

#### CARRASCO

Esos efectos rendidos,  
que el retrato te debió,  
cuenta al capitán, que yo  
meteré gorra de oídos.

#### HERNÁN TELLO

Cuando España conoció  
en sus fuerzas (no te espante  
que desde aquí el curso empieza,  
porque divierta y enlace  
el suceso; pues queriendo  
divertir ociosidades,  
no es superfluo lo superfluo,  
que explica más lo importante,  
y no embaraza otra cosa;  
y si a saberlo aspirares,  
para saber lo que ignoras,

has de sufrir lo que sabes)  
Cuando España conoció,  
en sus fuerzas desiguales,  
la laxitud con que mueven  
sus miembros los cuerpos grandes:  
y cuando advirtió que el suyo,  
por monstruoso y formidable,  
inundaba en sus confines  
del Orbe las cuatro partes,  
tan dilatados sus nervios,  
sus extremos tan distantes,  
que está precisada a hacer  
pasadizo los dos mares,  
de naciones tan diversas,  
de fueros tan disonantes  
que en la variedad de humores,  
tiene escondidos mil males:  
y dando a esta monarquía  
la providencia inefable,  
No provincias que se aúnen,  
sí imperios que se derramen,  
¡cayó en cuán tarde y qué mal  
espíritus se reparten  
desde un corazón pequeño  
a inmensas extremidades!  
Y viendo también que fueron  
en tantas guerras fatales,  
monumentos de españoles  
estos países de Flandes,  
se ordenó, que el archiduque  
Alberto de Austria casase  
con Isabel Clara Eugenia  
de España gloriosa infante,  
y hermana del Gran Felipe  
Tercero, que el Cielo guarde,  
llevándose estos estados  
en dote, con que formase  
de casa de Austria tercera  
otra línea memorable,  
esperando que con esto  
al dominio incorporase  
otra vez los holandeses,  
cuyo pretexto más grave,  
para querer eximirse  
del antiguo vasallaje,  
fue, que príncipe de real

familia les gobernase,  
y formar otra potencia  
que ante muro inexpugnable  
entre Francia y el imperio  
sus ímpetus rechazase,  
quedándose unos países  
tan fértiles, y tan grandes,  
que por sí resistir pueden  
de todos sus confinantes  
las más armadas potencias,  
o terrestres, o navales.  
Y en fin, que España, eximida  
del consumo intolerable  
de gentes y de tesoros,  
sería imposible enmendarse  
su despoblación, de quien  
sus mayores ruinas nacen,  
siendo en el reino la gente  
lo que en el cuerpo la sangre,  
que con ella toda vive  
y todo sin ella yace.  
Ésta de España fue entonces  
la máxima, bien que tarde,  
quizá por quitar, que algunos  
neciamente murmurasen,  
que en Saboya, y en Lorena  
pudo casar sus infantes  
con herederas de aquellos  
estados, donde lograsen  
las austriacas familias  
tan gloriosos apanages.  
No esta digresión te admire,  
que quizás será importante,  
no obscureciéndole al mundo  
la luz de los ejemplares;  
que es la política una  
astrología tan fácil,  
que por lo que fue adivina  
lo que será; y las edades  
futuras en las pasadas  
ciertas reflexiones hacen,  
con que dejan traslucirse  
ya que no sea penetrarse;  
y si sabiamente docta  
los sucesos más notables,  
si como después los mira,

los previene como antes.  
No hay perspectiva en el mundo,  
que en sus lejos no se engañe,  
que en la propia conveniencia,  
cuyos ideados realces  
la imaginación los finge,  
pero el tacto los deshace.  
Como el Sol, que en la pintura  
promete a fuerza del arte,  
en la plana superficie  
lejanas profundidades,  
por cuya distancia todas  
las especies visuales  
dilatadas, se reducen  
y dentro espaciosas caben,  
y al alma a creer su engaño  
los ojos la persuaden.  
Si la mano le consulta,  
conoce que al lino frágil  
distancias le dio una sombra,  
y un borrón concavidades:  
y así, el deseo del hombre  
le pinta felicidades,  
llenándole de grandezas,  
los horizontes del aire,  
y en los lejos de las dichas  
esconde mentiras tales,  
que imaginadas son bultos,  
y halladas obscuridades.  
Dílogo, porque el suceso  
no correspondió al dictamen:  
y Enrique Cuarto, que a Francia  
de Príncipe de Bearne  
heredó (y a quien la liga  
de activas parcialidades  
obligó a que el reino propio  
como ajeno conquistase)  
conoció de sus franceses  
en la bulliciosa sangre  
los espíritus violentos  
de aquel humor dominante  
con que la inquietud pretende  
acreditar de coraje:  
y quiso, echando a la guerra  
fuera del reino, quitarles  
la ocasión de que en el ocio

internamente mirasen  
su pólvora revoltosa,  
que a leves centellas arde,  
y que empleándose el fuego  
en países confinantes,  
sobre extranjeras regiones  
el aborto reventase.  
Porque un Monarca francés  
toda la viveza instable  
de los suyos necesita  
divertir con novedades;  
y su abundancia de gente  
es tal, que en algunos lances,  
como plenitud nociva,  
sólo busca que le maten  
algún número en que pueda  
de humores desahogarse.  
Para lograr esta idea  
tropas cedió auxiliares  
a holandeses que resistan  
a sus propios naturales.  
Señores: ¡oh, en algún tiempo  
no llegue a experimentarse,  
que la libertad que ahora  
defiende, quiera quitarles!  
Rompió con España, en fin,  
y fue fuerza que pasasen,  
las Católicas Banderas  
desde Lombardía a Flandes  
con el gran Conde de Fuentes,  
a quien tanto el bronce aplaude  
de la fama, que a sus voces  
ecos serán los anales,  
y queriendo por sus hilos  
herirles, con arrojarles  
a seis países la guerra,  
así porque retirasen  
su ejército de los nuestros,  
como porque el suyo pase  
a ser de marcial escena  
el teatro lamentable,  
manteniendo de sus frutos  
al vencido y al triunfante.  
Pusimos sitio a Dorlan,  
plaza casi inexpugnable,  
por sus muros, que de nubes

pudieran bien coronarse,  
cuando de rocas unidas  
son portentosos gigantes  
uniendo nervios de plomo,  
miembros de piedra tenaces.  
Apenas tiró la cuerda  
las líneas de los ataques,  
cuando el Duque de Bullon,  
con muchos Duques y Pares,  
llegó al socorro, mandando  
su caballería arrogante  
el Conde de San Pol, joven  
de prendas tan relevantes,  
que honra con ser enemigo;  
pues comúnmente se sabe  
que el grande enemigo siempre  
hizo la victoria grande.  
Todas las cosas del mundo  
es menester que se guarden  
para tenerlas, y sólo  
esta prevención no vale  
en el honor, porque siendo  
la prenda más estimable,  
el que quisiere tenerle,  
es fuerza que haya de darle.  
Yo que Maestre de Campo  
pude con mi tercio hallarme  
en el Sitio, en tanto que  
salieron los generales  
A estorbarles el socorro,  
logré la acción de quedarme  
en guarda de los cuarteles,  
porque durante el combate  
mi gente las avenidas  
de la Plaza refrenasen.  
Apenas pues esta marcha  
comenzaba a ejecutarse,  
cuando el pavoroso estruendo  
llegué a percibir, que hace  
en los bridones franceses  
aquel rumor disonante  
de las corazas que crujen  
y de las bridas que tasquen,  
y vi la caballería  
del enemigo avanzar.  
Desmentida esta sospecha

de una contramarcha, antes  
A la Plaza a toda brida,  
creyendo que por la parte  
que yo aguardaba su choque  
nuestra línea penetrase  
de nuestros retenes, luego  
empiezan a destacarse  
tropas de caballería  
A embarazar su pasaje.  
En cuanto allí se entretienen  
los dos Tercios principales  
entre su frente y mi línea  
Se interponen: pero en balde,  
porque el Conde de San Pol,  
que coronaba constante  
la frente a sus batallones,  
con tan bizarro coraje  
la rompió en el primer choque,  
que en retirada cobarde,  
cargadas apenas pueden  
de nosotros abrigarse.  
Espada en mano venía  
siguiendo el Conde el alcance,  
para romper con furor  
nuestros cuarteles, y entrarse  
en Dorlan, cuando saliendo  
yo a su opósito con tales  
mangas de mosquetería  
rocié, que fueron bastantes,  
granizando en plomo lluvias  
y en humo, densos volcanes,  
a que sus cóleras quiten  
y sus ímpetus rechacen;  
y a este abrigo pues pudieran  
prontas volver a formarse  
nuestras tropas, que feroces  
renovaron el combate.  
Dejo aparte que fue nuestra  
la victoria; dejo aparte  
que se tomó por asalto  
la Plaza, que incontrastable  
pareció; y callo que fui,  
pues todo el orbe lo sabe,  
el primer español que hizo  
ver sobre sus homenajes,  
con las armas de Borgoña

cruzados sus tafetanes.  
Que por premio de esta acción  
el Conde quisiese honrarme  
con el gobierno, pues esto  
de vuestras curiosidades  
no hace al caso, sólo al caso  
de nuestros discursos hace  
saber, que preso y herido  
en aquel pasado lance  
quedó un bizarro francés,  
cuyo denuedo galante  
le obligó a que en las filas  
primeras se adelantase,  
cuando hizo que a sus bridones  
rebatiesen mis infantes.  
Entre otras alhajas, señas  
de no vulgar personaje,  
que de un soldado a su pecho  
quitó la codicia infame,  
de una madama francesa  
fue un retrato, que elegante  
el pincel en lo sensible,  
lo esquivo pudo copiarle:  
fuese el fin por la preciosa  
guarnición, que de diamantes  
la cercaba, dando al sol  
luceros por piedra engaste;  
o porque el soldado quiso  
con su beldad lisonjearme,  
llevó el retrato a mis manos,  
donde pasó de admirarme  
a divertirme, y de allí  
a suspenderme ¡qué fácil  
es de los ojos al pecho  
tanto un afecto trocarse,  
que lo que allí fue descuido,  
aquí a ser cuidado pase,  
y lo que empezó en un ocio,  
en una fatiga acabe!  
No lo digo porque pude  
del retrato enamorarme,  
que eso, aun en las farsas, tiene  
una dureza intratable:  
que me arrebató, os diré  
con verdad, por una parte  
lo valiente del pincel,

pues dijera yo, si hallase  
el original hermoso,  
que hacer otra semejante  
no pudo naturaleza,  
y vi que ha sabido el arte:  
por otra, lo peregrino  
del rostro con tal donaire,  
tal travesura en la vista,  
y tal halago en lo grave,  
que en la risa que rebosa,  
está vertiendo lo afable;  
tan trasparente la tez,  
que en el cándido semblante  
está el tacto de los ojos  
distinguiendo lo suave.  
Y en fin, amigos, si miro  
que es viva, pues lo persuade  
lo moderno del suceso,  
oculto impulso me late  
de buscarla por la Francia;  
porque es tan extravagante  
mi humor, y tan inclinado  
a emprender cosas notables,  
que solo juzga, por dignos  
asuntos, temeridades,  
que ilustren el casamiento,  
si el valor no coronasen.  
Tuvo, en fin, a breves días  
el prisionero rescate, 550  
sin que de esto cosa alguna  
me atreviese a preguntarle,  
por no obligarme a volverle,  
de cortesano o galante,  
su retrato, aunque le di  
por muestra del hospedaje,  
con color de despedida,  
una joya, que fue el canje  
de los diamantes, con que  
en dos extremos iguales,  
pagándole lo precioso  
le usurpé lo inapreciable.  
Mirar, de admirado, suelo  
el retrato, no de amante;  
bien que considero en él,  
que si el portento encontrase  
del original, serían

influjos tan eficaces  
los de sus ojos, que no  
solamente me inclinasen;  
sino arrastrasen, quitando  
con imperiosas crueldades,  
Sin dejar en lo preciso  
acción, que deliberasen  
la gloria de la elección  
al mérito, y al dictamen.

FRANCISCO

Extraña la historia ha sido,  
y sólo debe admirarme...

(Dentro voces.)

Para, para.

(Sale un soldado.)

Ya han llegado  
los huéspedes, y aquí traen  
el pasaporte, que entregan  
a la guarda.

CARRASCO

Que llegasen  
sentí, cuando iba a decirte  
mi humor algunas verdades,  
que por verdades, y mías,  
pudiera ser que amargasen.

*Escena II*

Dichos, y salen soldados y ERNESTO, viejo venerable francés,  
SERAFINA y NISE francesas.

HERNÁN TELLO

Seáis bien venido, señor,  
hoy a esta plaza (¡qué veo!)  
donde quede a mi deseo  
vuestro afecto tan deudor,  
como a lo poco acreedor,  
Que os podrá servir mi fe.  
Ella es ¡Cielos!

ERNESTO

Que me dé  
la mano vueseñoría,  
es la mayor dicha mía,  
para decir, que logré  
con tacto de tal soldado,  
en Francia tan aplaudido,  
de enemigos tan temido,  
de amigos tan envidiado.

HERNÁN TELLO

Mi mayor dicha he logrado  
de vos, y de esta madama  
siendo esclavo.

(Aparte.)

Activa llama,  
lo que ilumina, perdona.

SERAFINA

Nise, en nada a su persona  
ha desmentido su fama.

ERNESTO

Es Serafina mi hija;  
porque como ella a ser viene  
el sólo alivio que tiene,  
mi larga vejez prolija,  
aunque de verla me aflija  
en caminos fatigada,  
llevarla siempre me agrada,  
que al extremo de quererla,  
en fin, es alivio el verla  
aun viéndola incomodada.

SERAFINA

Guardeos Dios, que mi intención  
estima vuestra fineza.

HERNÁN TELLO (Aparte.)

¡Ay, soberana belleza,  
cuánto ilustras mi elección!

ERNESTO

Veréis la satisfacción  
con que a vuestra plaza llego,

en entrar pidiéndoos luego:  
licencia me habéis de dar  
de escribir, por despachar  
a Amiens esta tarde un pliego,  
avisando mi llegada.

HERNÁN TELLO

A esa pieza os retirad,  
donde escribáis, y mandad,  
señor, en esta posada,  
aunque esfera limitada  
es a vuestra bizarría,  
porque pierda esta alquería,  
de mis afectos en muestra,  
mandándola como vuestra,  
la indignidad de ser mía.  
Id vosotros, y asistid  
al señor Gran Potestad.

### *Escena III*

PORTOCARRERO, CARRASCO, NISE y SERAFINA.

CARRASCO

Damisela, perdonad,  
y una pregunta admitid  
por curiosidad.

NISE

Decid.

CARRASCO

¿Usase en Francia el dejar  
a las madamas lugar  
de que osados y rendidos  
podamos en sus oídos  
nuestra fineza engastar?

NISE

No es esta la austeridad  
de la española nación,  
que todo es recolección  
allá, y todo libertad  
aquí.

CARRASCO

Me alegro en verdad  
de que advirtáis, que eso pasa  
en todo el Norte sin tasa,  
porque si nunca faltó  
quien muerda, más valgo yo,  
que en efecto soy de casa.

HERNÁN TELLO

Si yo, madama, pudiera  
suplicar que descansarais  
de algo en el humilde albergue,  
que de esfera soberana  
presume, desde que pudo  
coronarle vuestra planta,  
no fuera de las fatigas  
de los tránsitos y marchas.

SERAFINA

¿Pues de qué?

HERNÁN TELLO

De quitar vidas,  
sin resistirlo las almas.

SERAFINA

Como no me canso de eso,  
no me hace el descanso falta.

HERNÁN TELLO

¿Tan poco cuidado os cuesta?

SERAFINA

¿No veis que el descuido basta?

HERNÁN TELLO

Sí veo, si en mí lo advierto.

SERAFINA

No me tengáis por tan vana,  
que crea encarecimientos,  
que mi perfección ensalzan;  
y mucho menos con vos,  
con quien mi cuidado trata  
el no cometer la hermosa  
necedad de confiada.

HERNÁN TELLO

¿Por qué?

SERAFINA

Señor Hernán Tello

Portocarrero, a quien llama

Flandes el Galán por ser

gran cortejador de damas:

el ingenio y el capricho,

de no vulgar os alaban

todas, y de ánimo altivo,

capaz de emprender tan arduas

cosas, que a acabar heroicas

empiezan en temerarias.

No os admire, no, que venga

tan por menor informada

de vos, sabiendo que en Flandes

son árbitros las madamas

del honor de los soldados,

siendo en iguales balanzas,

bien visto en las asambleas,

el que lo fue en las campañas.

Que si en todas las naciones

las mujeres estimaran,

como aquí, sólo al soldado,

solamente profesara

la nobleza la milicia,

por la ambición de agradarlas,

siendo un premio, que no cuesta

a la República nada.

Más valientes aquí han hecho

las licencias cortesanas

del público galanteo,

paseos, bailetes, danzas

y asambleas, que las muchas

verdes circulares ramas,

que Cívicas y Murales

ciñeron frentes romanas.

No digo esto por mostrarme

bachilleramente sabia,

si por mostrar que os conozco,

viendo que en París se habla

de quien en Bruselas sirve

con más aire, y a contraria

razón, también a Bruselas

llegan las noticias vagas  
del que en nuestras asambleas  
el mayor aplauso alcanza,  
sin ser lisonjero: viendo  
el vuestro, ya viene errada  
la dirección hacia mí,  
porque yo me ausento a Francia;  
y tengo tanta conciencia,  
que cuando os pinta la fama,  
rendido de todas, yo,  
cierto escrupulizara  
el poder de sólo un tiro  
hurtarles un triunfo a tantas.

HERNÁN TELLO

Vas habéis discretamente  
motejado de voltaria  
mi inclinación; y no sé  
si os diga cuanta ventaja  
en esto nos lleva aquella  
ligereza celebrada  
de vuestra Nación, pues yo...

SERAFINA

No digáis más: Por la Francia  
a Flandes en ocasión  
pasó el señor Don Juan de Austria,  
que una noche en un sarao,  
danzando con él bizarra  
la duquesa de Estampes,  
entre las dos manos blancas  
dos eslabones de nieve  
un nudo de fuego enlazan.  
Viendo la hermosa francesa  
la gentileza gallarda  
del Real Joven Español,  
de mil triunfos coronada,  
Marciales del grande eclipse  
de las Lunas Otomanas,  
quedó con tanto decoro  
de su garbo aficionada,  
aunque en su vida le vio  
ni fió a noticia humana,  
su afecto, en cuantos vestidos,  
trajes, disfraces o galas  
sacó el resto de su vida,

no dejó la roja banda  
de Borgoña, que a su Alteza  
por timbre español cruzaba.  
Dadme un afecto tan noble  
una pasión tan hidalga,  
y un silencio tan heroico  
en las memorias de España.

HERNÁN TELLO

Aunque muchas os pudiera  
decir, con la mía basta,  
que siendo por vos, excede  
con mayor ventaja a cuantas  
pudierais decirme, todo  
cuanto va de causa a causa.

SERAFINA

Yo he vuelto por mi Nación  
y no por mí, pues es clara  
cosa que con vos no quiero  
perder el blasón de ingrata;  
pero tampoco creeros,  
porque si nunca la cara  
me habéis visto, y si conozco  
que caminando a mi Patria,  
a nunca más ver, habemos  
de dividirnos mañana;  
¿por qué no he de conocer  
que el fingir vos esas ansias  
más es costumbre que os mueve,  
que inclinación que os arrastra?

HERNÁN TELLO

Cuanto a no volver a vernos  
estad bien asegurada,  
que no es estorbo a mi brío  
la guerra ni la distancia;  
cuanto a ser costumbre, y no  
inclinación mi expresada  
ansia, bien presto pudiera  
hacer que lo asegurerais  
vos contra vos.

SERAFINA

¿Cómo?

HERNÁN TELLO

Como  
el pecho un testigo guarda  
de mi verdad, que atrevido  
os desmiente y no os agravia.

SERAFINA

¿Y cuál es?

HERNÁN TELLO

(Muestra el retrato.)

Éste.

SERAFINA

¡Qué veo!

CARRASCO

La de la historia pasada  
es esta sin duda.

SERAFINA

¿Cómo  
mi retrato?

HERNÁN TELLO

¿Qué os espanta?  
Ved cual tiene más noticia  
del otro.

CARRASCO

En tanto que acaban  
su plática los dos ¿qué  
diremos nosotros?

NISE

Nada,  
que a quien oye lo que importa  
todo lo superfluo cansa.

SERAFINA

Soltad pues.

HERNÁN TELLO

¿Qué hacéis?

SERAFINA

(Quítasele.)  
Cobrarme  
a mí.

HERNÁN TELLO  
Conmigo no estabais  
perdida.

SERAFINA  
Contra mi gusto  
ninguno tiene esta alhaja.

HERNÁN TELLO  
Ved que el alma me lleváis  
en él.

SERAFINA  
Por la misma causa  
le quito yo: bueno fuera  
que un español se alabara  
de que mi retrato pudo  
ver y quedarse con alma.

HERNÁN TELLO  
Pues confiesa que la llevas,  
hermosísima tirana,  
yo en demanda suya iré  
siguiéndote hasta cobrarla,  
aunque sea en Francia.

SERAFINA  
Veremos  
si cumplís esa arrogancia  
de español.

NISE  
¿Qué has hecho?

SERAFINA  
¡Ay, Nise!  
nunca en este hombre intentara  
de verdades o mentiras  
averiguarle la fama.

*Escena IV*

PORTOCARRERO, CARRASCO y después FRANCISCO.

CARRASCO

Bueno quedas.

HERNÁN TELLO

Nada digas,  
que vive Dios, si me cansas,  
te dé muerte.

CARRASCO

Eso conmigo  
fuera dádiva excusada.

(Sale FRANCISCO.)

FRANCISCO

¿Señor?

HERNÁN TELLO

Francisco del Arco,  
a un comisario me llama  
para darle orden de que  
haga que al romper del Alba  
las mejores tropas monten,  
Con que yo en persona vaya  
comboyando a estos señores.

FRANCISCO

Una de las circunstancias  
con que por estos dos meses,  
está la tregua otorgada,  
es que ninguna persona,  
o con armas o sin armas,  
en los países del otro  
sin pasaporte entre o salga;  
y así reparo en que lleves  
tropas, Señor.

HERNÁN TELLO

¿Qué reparas  
¿en mis límites no puedo  
con ellas ir a la raya?  
Y si he de salir con ellas  
¿conmigo no han de ir armadas,

así por decoro, como  
por casos que la campaña  
puede ofrecer. ¡Ay amor!  
la causa hallé de mis ansias:  
¡oh, no permitas que sea  
para perderla el hallarla!

### *Escena V*

Decoración de una quinta.

Tocan cajas y clarines, y salen por un lado el CONDE DE SAN POL, francés, con botas y espuelas, plumas y bastón, MADAMA y FLORA, y otras criadas, todas de camino, y por otro CARLOS DUMELINO y soldados.

CARLOS

Generoso ilustre Conde  
de San Pol, rama que excelsa  
de la Real Casa de Francia  
los esplendores conserva  
hoy la línea de Vandoma;  
y vos, ilustre Condesa,  
Real generosa reliquia  
de Francisco de Angulema,  
dad a Carlos Dumelino  
vuestras plantas, donde llega  
de parte del Magistrado  
de Amiens a dar la obediencia  
(como quien Gobernador  
viene a ser) a Vuestra Alteza,  
a quien suplica por mí  
que en esta Quinta detenga  
por hoy su jornada, en tanto  
que perficionadas quedan  
de vuestro triunfo el adorno,  
de vuestra entrada las fiestas,  
puesto que a Ernesto Pleyssi  
hoy también Amiens espera  
a ejercer la dignidad  
de Gran Potestad en ella.

CONDE DE  
SAN POL

Llegad, Carlos, a mis brazos,  
y decidme ¿quién creyera,

cuando os dejé prisionero  
en la pasada refriega  
del socorro de Dorlan,  
que aquí otra vez nos volviera  
a juntar nuestra fortuna?

CARLOS  
Quien conoce que ella sea  
gran artífice de extrañas  
enlazadas contingencias.

MADAMA DE  
SAN POL  
Decidme: ¿Ernesto Pleysi  
llega también hoy?

CARLOS  
Hoy llega,  
que ayer tuvimos aviso.

CONDE DE  
SAN POL  
Su amigo fui, cuando él era  
pretendiente cortesano.

CARLOS  
Siendo Amiens su patria misma,  
dicha es volver a mandarla.

MADAMA DE  
SAN POL  
Extremo de la belleza  
Me aseguran que es su hija.

CONDE DE  
SAN POL  
(Aparte.)  
Díganlo mis mudas penas.

CARLOS  
(Aparte.)  
¡Ay de quien perdió en su copia  
el alivio de su ausencia!

CONDE DE  
SAN POL

Carlos, aunque yo en Perona,  
como gobernador de esta  
provincia de Picardía,  
tengo mi actual residencia,  
siendo ella la Plaza de Armas  
capital de esta frontera;  
con órdenes del Rey vengo  
A Amiens, donde se prevengan  
para esta primer campaña,  
que entrar en Flandes intenta  
su Magestad en persona,  
las provisiones de guerra  
y boca, y todas las armas,  
pues goza la conveniencia  
del Soma, que da motivo  
a que aquí mejor parezca  
hacer nuestra Plaza de Armas;  
y siendo carnestolendas,  
que aquí se celebran tanto,  
quise que a verlas viniera  
conmigo Madama; pero  
hablando aquí sin reserva,  
no vengo gustoso.

CARLOS  
¿Cómo?

CONDE DE  
SAN POL  
Como siempre Amiens ostenta  
ciertos privilegios, que  
los ciudadanos conservan,  
y el capitán general  
no es tan absoluto en ella,  
como en la provincia.

CARLOS  
Eso,  
señor, es conforme sea  
el Gobernador.

(Clarín.)

CONDE DE  
SAN POL  
¿Mas qué

clarín es este que suena?

CARLOS

Tropas católicas son,  
según en visos campean  
las rojas bandas.

CONDE DE

SAN POL

Y haciendo

alto en la breve eminencia,  
que los términos divide,  
se doblan: que se prevenga  
el batallón de mis guardas  
es bien.

MADAMA DE

SAN POL

Desde aquí se deja  
ver, que de su raya sólo  
a nuestro país penetran  
coches y acemilas, con que  
escolta sin duda es ésta,  
que Ernesto trae.

CONDE DE

SAN POL

Bien decís.

(Dentro SERAFINA.)

SERAFINA

¡Ay infeliz!

(Dentro ERNESTO.)

ERNESTO

Tente, espera,  
cochero.

TODOS

Acudid, que el coche  
del Potestad se despeña.

CONDE DE  
SAN POL

Damas hay en él, ¡qué aguardo  
que no voy a socorrerlas!  
(Vase.)

CARLOS

Y yo, que llevo la vida  
pendiente de aquella queja.  
(Vase.)

FLORA

¡Qué lástima!

MADAMA DE  
SAN POL

¡Qué desdicha!

FLORA

Con una dama aquí llegan  
el Conde y Carlos.

(Dentro PORTOCARRERO.)

HERNÁN TELLO

Aunque el  
coto de la raya exceda,  
me arriesgaré en su socorro.

*Escena VI*

Dichos, y salen el CONDE y CARLOS con SERAFINA.

CONDE DE  
SAN POL

Hermoso prodigio, alienta.

CARLOS

Deidad hermosa, respira.

SERAFINA

¡Ay de mí!

LOS DOS

¿Cielos, no es ella?

*Escena VII*

Dichos, y sale PORTOCARRERO con botas, espuelas, coraza y borgoñota, y cogiendo a los dos de espaldas, los aparta con violencia.

HERNÁN TELLO  
Tarde he llegado; apartad,  
franceses.

(Empuñan.)

LOS DOS  
Quién con groseras  
voces...

HERNÁN TELLO  
¡Qué miro!

CONDE DE  
SAN POL  
¡Qué veo!

CARLOS  
Hernán Tello es; ¡quién pudiera  
pagar lo que en mi prisión  
debí!

*Escena VIII*

Dichos, ERNESTO y criados.

ERNESTO  
Serafina bella,  
¿cómo te hallas? que mi edad  
no dio lugar a que fuera  
yo el primero en tu socorro.

SERAFINA  
No fue nada: la violencia  
del vuelco quedó en la altura  
de aquel ribazo suspensa.

ERNESTO

El amor me arrebató  
de la obligación primera  
de ponerme a vuestras plantas.

HERNÁN TELLO

Viven los Cielos que entran  
en su término mis tropas,  
llevadas de la apariencia  
de haber visto empuñar armas.  
Soldados, volved las riendas  
sin que paséis de la raya;  
vuestro furor se detenga,  
y todos alzáis las armas,  
pues estáis en la presencia  
de un príncipe de la sangre,  
general de esta frontera;  
y es esa la ceremonia  
con que al general respeta  
la milicia.

CONDE DE

SAN POL

Mal conviene  
ahora la atención vuestra  
con aquel poco reparo.

HERNÁN TELLO

De ese delito me absuelva;  
que a enemigos como vos,  
que nunca la espada dejan  
ver al contrario, mal puede  
conocerseles por ellas.

MADAMA DE

SAN POL

Airosa fue la disculpa.

CONDE DE

SAN POL

Cortesana es la respuesta:  
pero pésame, señor,  
que así hayáis roto la tregua,  
entrandoos a mi país  
armado.

HERNÁN TELLO

No fue romperla  
entrar sólo un hombre a dar  
la vida a quien también era  
de vuestra nación.

CONDE DE

SAN POL

Si fue:

(Aparte.

empiece aquí mi cautela,  
pues para romperla traigo  
del Rey instrucción secreta.)

Si fue, pues fue entrar armado,  
no solo vos sin licencia,  
pero también vuestras tropas.

HERNÁN TELLO

Lo que toca a mi nobleza  
es asegurar que no,  
porque mi nación no sea  
quien rompa la suspensión;  
mas si lo juzga la vuestra  
soy escrupuloso; y porque  
satisfacción no parezca,  
en mi vida desmentí  
A quien pensó que le ofenda.

CONDE DE

SAN POL

Pues si prenda como vos  
no fuera justo perderla,  
vos os quedaréis.

HERNÁN TELLO

No haré.

Y por esta acción me pesa,  
que hayáis venido con damas,  
pues bazaría grosera  
fuera a desmanes de plomo  
exponer tanta belleza.

No han de disparar los míos  
(y no temor os parezca)  
la pistola; y pues la espada  
tiene menos contingencia,

(Hace una cortesía a las damas, saca la espada, y besando la guarnición hace otra al CONDE, y, sin volver la espalda, se va retirando.)

débanme estas hermosuras,  
lo que por Francia no hiciera  
toda, que es el retirarme,  
haciendo esta reverencia  
a las madamas, y a vos,  
a fuer de general, ésta:  
pues con las armas se hace  
a generales la venia,  
que sin la espada en la mano  
retirarse no supiera  
Hernán Tello: y yo no rompo  
paz que mi nación observa;  
pero el que a mi se acercare,  
sólo a su muerte se acerca.  
Frente os haré con mis tropas,  
si algo tiene vuestra Alteza  
que ordenarme con las suyas,  
allí sabrá mi obediencia.  
(Vase.)

CONDE DE  
SAN POL  
Mas envidia, vive el Cielo,  
su retirada me deja,  
que sus triunfos.

MADAMA DE  
SAN POL  
¡Cortés brío!

SERAFINA  
¡Generosa gentileza!

ERNESTO  
Bien se ha dispuesto, señor,  
que injustamente rompiera  
la tregua vuestro ardimiento.

CONDE DE  
SAN POL  
Por esto mi valor cesa  
en cargarle ahora: vamos  
donde Serafina tenga

reparo.

MADAMA DE  
SAN POL  
Eso es lo mejor.

ERNESTO  
Honra es de vuestra grandeza.

SERAFINA  
(Aparte.)  
Amor, en el Conde y Carlos,  
si de sus ansias se acuerda  
Mi olvido, lo que me ofende  
me has dejado: cosa es cierta,  
que aquello que cansa sobra,  
y huye lo que se desea.  
(Vase.)

CONDE DE  
SAN POL  
Ven, Carlos, que mi amistad  
después toda el alma intenta  
de Serafina fiarte.  
(Vase.)

CARLOS  
Esto faltaba a mis penas:  
¿qué te debo amor tirano,  
si tu variedad adversa  
hace que empiecen los celos  
adonde acabó la ausencia?

## ACTO II

### *Escena I*

Decoración de campo.

PORTOCARRERO y CARRASCO, vestidos a la francesa y con mascarillas.

CARRASCO  
Si habemos de hablar verdades,

a toda mi valentía  
asusta el riesgo en que estamos.

HERNÁN TELLO

No es posible, que eso digas  
de veras, cuando tus prendas  
a fiar de ti me obligan  
el secreto.

CARRASCO

No es merced  
esa para agradecida,  
que hoy sólo son los secretos  
los que sin prendas se fían.  
No lo digo yo porque  
a nuestro valor admira  
el entrar dentro de Amiens,  
teniendo tan a la vista  
de tres nobles españoles  
el caso, pues con activa  
fiereza, entrando en París,  
dieron en medio del día  
de palos a un gran soldado,  
que de esta nación las iras  
aún pueden mezclar en todas  
la admiración con la envidia.  
Serían de los romanos  
mejores los coronistas,  
pero los soldados no;  
pues hubo en tu compañía  
mosquetero, que a una bomba  
llegó a encender una pipa.  
Y no es el peligro tanto,  
cuando en pública alegría  
de máscaras y disfraces  
se pueblan estas orillas  
del Soma; porque no sólo  
su carnaval solemnizan,  
sino la entrada del Conde,  
y en góndolas y barquillas  
salen las damas, poblando  
con músicas tan festivas,  
las aguas de perfecciones,  
y los vientos de armonías;  
temo, que si nos conocen,  
muramos a sangre fría;

que a matar muriendo, fuera  
mucho menos mi mohína,  
pues recibe un hombre, y da  
y queda entre las cenizas  
su fama humeando, si acaso  
a un pobre le despabilan.

#### HERNÁN TELLO

Carrasco yo estoy perdido,  
que esta dama peregrina  
imaginada aún no fue  
tan hermosa como vista.  
Yo la vi a la copia impresa  
en el alma parecidas.  
tanto, que imaginé al verla  
copiada aquí, y allí viva,  
que hermoso bulto de nieve  
se vistió mi fantasía.  
Ella me dejó picado  
con aquella falsa risa,  
con que me dijo, al decirle  
que por el retrato iría,  
veamos como lo cumplís;  
y así es obligación mía  
el venir por él, aunque  
toda Francia me lo impida.  
Reírse y dudar, que yo  
por el retrato vendría,  
fue ponerme en el empeño;  
pues no haya de mí quien diga  
que en este antojo de gusto  
dejó el valor de servirla.  
Con los caballos espera  
mi gente en esta vecina  
espesura, pues les dije,  
que a reconocer venía  
la plaza en cierta interpresa,  
si es temeraria conquista,  
¿qué extrañeza es, que cometa  
un hombre, a quien amor priva  
de la razón, un arrojo?

#### CARRASCO

Esa disculpa fue linda:  
tú echaste por el atajo;  
di que te tire una china

quien enamorado no  
haya hecho otra bobería.  
Dícese, que Enrique IV,  
prohíbe roja pena excesiva  
disfraces y carnavales,  
dejando las mascarillas  
para los bailetes sólo:  
si después hay quien escriba,  
que en Amiens los dos entramos  
cubierto el rostro, ¿quién quita  
que alguno diga que en Francia  
por las calles no se estilan  
disfraces?

HERNÁN TELLO

Eso qué importa,  
si será cosa sabida  
que se usaron.

CARRASCO

Bueno es  
prevenir esas noticias,  
que hay necios, que para oír  
traen los oídas con pinzas,  
y ahorcados de las orejas  
tienen el cuerpo en puntillas.

HERNÁN TELLO

Aquí una cuadrilla viene  
de máscaras.

CARRASCO

Infinitas  
hay vamos reconociendo  
en cual mejor nos reciba.

(Retíranse.)

*Escena II*

Salen SERAFINA, MADAMA, NISE y FLORA, y los hombres que pudieren con  
mascarillas y disfraces: a un lado se quedan el CONDE y RENOLT: a otro CARLOS y  
RICARTE de máscaras también.

MÚSICA

*Hoy adornan del Soma  
las ondas cristalinas,  
en góndolas doradas,  
nadantes galerías.*

MADAMA DE  
SAN POL  
¿No vengo bien disfrazada?

SERAFINA  
Vuestra Alteza me permita,  
que diga que no.

MADAMA DE  
SAN POL  
¿Por qué?

SERAFINA  
Porque si su gallardía  
no puede ser más ni menos  
en ningún traje que vista,  
ni hay con quien equivocarle,  
por más que a venir aspira  
su belleza disfrazada,  
no vendrá desconocida.

CONDE DE  
SAN POL  
¿Es la de lo verde?

RENOLT  
Sí,  
que yo la vi a la salida.

CONDE DE  
SAN POL  
¿Con quién viene?

RENOLT  
No sé.

CONDE DE  
SAN POL  
(Aparte.)  
Amor,  
da a mi atrevimiento

dicha.

CARLOS

¿La de lo verde me dices  
que es?

RICARTE

Sí.

CARLOS

Amor, mis pasos guía.

CONDE DE

SAN POL y

CARLOS

¿Máscara, queréis danzar?

SERAFINA

¿Con cuál?

CONDE DE

SAN POL

No hay quien me compita  
a mí: conmigo, señora,  
danzad.

CARLOS

¿Muy bueno sería,  
que habiendo llegado yo,  
dejándome a mí os elija?

MADAMA DE

SAN POL

Aquella voz es del Conde,  
¡o cómo el alma imagina  
lo que no desea!

CONDE DE

SAN POL

Conmigo  
no suponéis.

CARLOS

Quien lo diga...

MADAMA DE  
SAN POL Tened.

(Empuñan las espadas.)

*Escena III*

Dichos y sale ERNESTO con bastón, y ministros.

ERNESTO ¿Qué es esto? ¿pues cómo  
profana vuestra osadía  
de máscaras el seguro?

MADAMA DE  
SAN POL (Aparte.)  
Ahora mi industria finja  
un acaso por si es él.

ERNESTO  
Teneos pues a la justicia.

MADAMA DE  
SAN POL  
(Cáesele la mascarilla.)  
¡Ay!

FLORA  
¿Qué es eso?

MADAMA DE  
SAN POL  
Que del rostro  
se cayó la mascarilla.

ERNESTO  
Madama está descubierta;  
y así nadie esté a su vista  
oculto el rostro, pues es  
grosería.

CONDE DE  
SAN POL  
Ya es precisa  
Mi retirada: si es Carlos,  
escarmentará a mis iras.

(Vase y RENOLT.)

ERNESTO  
Máscaras fuera.

SERAFINA  
Ya todas  
en fe de esa cortesía,  
las quitamos.

(Quítanse las mascarillas.)

CARLOS      Yo también  
porque su rostro ilumina;  
y sin advertencia vuestra,  
también fuera atención mía.

MADAMA DE  
SAN POL      (Aparte.)  
Sospechas, sin duda el Conde  
es aquel que se retira.

SERAFINA    (Aparte.)  
¡Oh que cansados extremos  
son los de estas dos porfías,  
cuando está del español  
la memoria en mí tan viva!

CARLOS      (Aparte.)  
Sin duda fue aquel el Conde;  
y pues se ausentó, no insista  
en que quede por mí el puesto,  
pues es atención debida,  
que aunque compita su amor,  
su grandeza no compita.  
(Vase.)

*Escena IV*

SERAFINA, MADAMA, ERNESTO, y salen PORTOCARRERO y CARRASCO.

HERNÁN TELLO

Por aquí... ¡Pero qué veo!  
Carrasco, ¿no es Serafina  
la que estoy viendo?

CARRASCO

La propia.

HERNÁN TELLO

¿Y no es Madama?

CARRASCO La misma.

HERNÁN TELLO

¿Qué será estar destapada?

ERNESTO

Mirad si queréis que os sirva,  
señora, que dando vuelta  
voy a toda la marina,  
para estorbar inquietudes.

MADAMA DE

SAN POL

Guárdeos Dios que antes quería  
que os retiraseis, porque  
podemos ser conocidas  
por vos: volved a taparos.

(Vase ERNESTO y los suyos.)

HERNÁN TELLO Amor, mi esperanza anima:

Máscara, ¿queréis danzar?

MADAMA DE

SAN POL

Danza con él, no resistas,  
que este nos vio destapadas.

SERAFINA Si haré: la letra prosiga.

(Danzan.)

MÚSICA

*Hoy adornan del Soma, etc.*

HERNÁN TELLO

¿No me conocéis?

SERAFINA Yo no.

HERNÁN TELLO

¿Qué tan presto se os olvida  
el hurto que me habéis hecho?

SERAFINA ¡Española bizarría!

MÚSICA *De esquifes y joveques,  
los remos y las quillas,  
el céfiro las borda  
de espumas, que las riza.*

HERNÁN TELLO

Mi prenda habéis de volverme,  
pues dudasteis que vendría  
por ella.

SERAFINA

A mis dudas deben  
hoy vuestras galanterías  
eso, pues fue el olvidarlas  
más ocasión de lucirlas.

MÚSICA

*A tanto rumbo incierto,  
que las espumas gira,  
escollos son de nieve,  
beldades de la orilla.*

SERAFINA

(Dadas las manos.)  
En mi casa hay esta noche  
bailete, en él determina  
mi afecto hablar más de espacio.

HERNÁN TELLO

Yo obedecer más aprisa.

MÚSICA

*Confunden agua y aire,  
en dulce melodía,  
clarines, que gorjean  
en los remos que giman.*

SERAFINA

Para obedeceros basta.

HERNÁN TELLO

¡Qué breves que son las dichas!

MADAMA DE

SAN POL      ¿Te hablaba el máscara?

SERAFINA

Sí,  
lisonjas que acaso dicta  
la ociosidad.

MADAMA DE

SAN POL

¿Le conoces?

SERAFINA

No, señora.

MADAMA DE

SAN POL      ¡Qué fatiga  
de una sospecha! Yo quiero,  
pues de tantos fuimos vistas  
aquí, que cuando al bailete  
vamos, a que me convidas,  
las dos troquemos disfraces,  
para burlar la malicia  
de los que nos vieron.

(Aparte.)

Veamos  
si de esta suerte averigua  
mi amor sus recelos.

SERAFINA      (Aparte.)

¡Cielos  
si esta novedad no avisa  
mi cuidado al español,  
y se engaña, soy perdida!

CARRASCO

Señor, sin saber la casa,  
¿qué habemos de hacer?

HERNÁN TELLO

Seguir las  
hasta ella.

CARRASCO

El mismo diablo  
nos metió en caballerías.

MÚSICA      *Hoy adornan del Soma, etc.*

*Escena V*

Salen CARLOS y RICARTE.

CARLOS

Perdido vengo.

RICARTE

Señor,  
¿qué tienes?

CARLOS

¿Qué he de tener,  
si de un príncipe el poder  
se muestra competidor  
mío, y de príncipe tal,  
por quien perdiera mil vidas?

RICARTE

Si no tienes prevenidas  
las mil, señor, harás mal  
en empezar por la una.

CARLOS

¡Ay, Ricarte! que yo vi  
conjurados contra mí,  
amor, poder y fortuna.  
De mí el Conde se fió,  
yo mi pasión le expresé,  
servirle en esto pensé,

y de esto se disgustó.  
La alta poderosa mano,  
que esta máquina dispuso  
en los príncipes, nos puso  
un carácter soberano,  
con rasgos de su deidad,  
que quiere que respetemos,  
y en ellos consideremos  
su más alta Majestad.  
Al Conde, que tan ufano  
ostenta sangre real,  
cierto esplendor celestial  
le brilla en lo Soberano.  
El alma también lo es  
de cualquier mortal; y así  
aunque le ceda por mí,  
en tocando al interés  
del alma, que es el honor,  
no hay respeto que mirar,  
que yo le debo guardar  
contra el poder y el rigor,  
por más difíciles modos;  
porque del honor, por ley,  
solamente es dueño el Rey,  
por quien lo tenemos todos.  
Cuatro años ha que pedí  
a Ernesto la mano bella  
de Serafina, y aunque a ella  
rigores sólo debí;  
diciendo, ¿a qué amante corazón  
no supo más atraer  
desdén propio de mujer,  
que nos suena a perfección?  
Ernesto me la ofreció,  
cuando del cargo volviese,  
a que entonces iba, o fuese,  
porque tan niña la vio,  
que de elección su edad  
no estaba, o por presumir  
en el caudal añadir  
quilates a su beldad,  
a esperarme resolví,  
y su ausencia consolé  
con aquel retrato, que  
en la batalla perdí.  
Viene ahora; y cuando creo,

que en el plazo concedido  
el tiempo voló, vestido  
de plumas de mi deseo,  
el Conde, en París pudo  
verla, se empeña en amarla,  
y a mi manda explicarla  
su tierno afecto: no dudo  
que ociosa galantería  
es, por ser toda belleza  
ambición de la grandeza:  
injusta cosa sería,  
que por su gusto, que ayer  
empezó, y acabará  
mañana, yo ceda ya  
la que elegí por mujer.  
Esto inquieta mi valor,  
pues tenemos, según siento,  
el Conde mucho ardimiento,  
y yo también mucho honor.

RICARTE

¿Y en fin, qué quieres hacer?

CARLOS

Hoy el Conde fue ofendido,  
y para que en el vestido  
no me llegue a conocer,  
que fuí quien le disgustó,  
si al bailete he de asistir,  
otro me has de prevenir.

RICARTE

¿Mudaraste en casa?

CARLOS

No,  
que sigo el confuso estruendo.  
En el pórtico que pasa  
a otra calle, de su casa  
enfrente, en anocheciendo,  
podrás con él esperar.

RICARTE (Aparte.)

Hora fiera es para mí,  
que tengo un convite: aquí  
me importa disimular;

pues cuando llegue a deshora,  
y alce su cólera el bramo,  
¿qué criado no hace a un amo  
una falta cada hora?

CARLOS

¡Qué cobarde está conmigo  
el despecho del honor!  
por que temo a mi valor  
aún más que el de mi enemigo.

*Escena VI*

El CONDE y RENOLT.

RENOLT

Sabes tú, señor, de cierto  
que sea Carlos?

CONDE DE  
SAN POL

Si lo sé;  
porque quien tan atrevido  
se me arroja a responder  
que la adora, cuando yo  
toda el alma le fié,  
¿qué no hará? ¡Ah, Cielos, que mal  
hice entonces de no hacer  
demostración de mis iras!  
si en su atrevimiento fue  
consecuencia para éste  
la tolerancia de aquel.

RENOLT

Los Príncipes tan excelsos  
como Vuestra Alteza es,  
más nacieron para honrar,  
Señor, que para ofender.  
A esto los grandes Señores  
nacen; ¿pues por qué queréis  
contradecir al vivir  
la obligación de nacer?  
Competir con el menor  
es igualársele; pues  
preciso es en vos bajar,

o hacer al otro crecer.  
Carlos sólo es Caballero,  
y vos Príncipe; ¿pues quién  
se persuadirá que vos  
(aun siendo por justa ley  
su Capitán General,  
con quien no puede tener  
duelo ni acción su valor)  
os dejáis, Señor vencer,  
de él, sino de su razón,  
cuando en los Príncipes se,  
que en competencia inferior,  
el mundo pasa cortés  
por aire del perdonar,  
la precisión del ceder?  
Él la quiere honrar, y vos  
queréis injuriarle; ved  
cual de aquestas dos empresas  
digna de un Príncipe es,  
que el que la hiciere será  
el Príncipe, al parecer,  
y no vos, si ejecutando  
acciones que no debéis,  
no nos mostráis lo que sois,  
sí lo que dejáis de ser.  
Mi celo doy por disculpa  
del recuerdo, que esto fue  
no advertir lo que ignoráis,  
sí acordar lo que sabéis.

CONDE DE  
SAN POL

De tus lealtades, Renolt,  
advertencias escuché,  
de quien sólo el pudo  
disuadir la pesadez.  
Delitos contra lo grande  
no los perdona el poder,  
porque la Soberanía  
con ambiciosa altivez,  
donde llega su pasión  
su imperio sabe extender.  
Sabemos acá nosotros  
ciertas circunstancias, que  
los hombres particulares  
no llegan a comprender,

ni pueden aconsejar,  
por más que algunas les den  
políticas el aplauso,  
facultades el laurel.  
Ciertas materias de estado  
que nacen con el dosel,  
no las conoce el estudio,  
que en distribución más fiel  
naturaleza las puso  
donde las ha menester.  
La casa de Ernesto es ésta,  
y bien que me disfracé,  
ahora en público vengo  
al festín, por suspender  
las sospechas de Madama,  
ya que hoy tan ciego ignoré  
que iba ella con Serafina.

RENOLT

Pues desde aquí, señor, veis  
la asamblea de galanes  
y damas.

CONDE DE  
SAN POL

Entremos, pues,  
en cuanto el festín se empieza  
A conversación también.

### *Escena VII*

Salón de Estrado y en él las damas con mascarillas, y las galanes junto a ellas; HERNÁN TELLO junto a MADAMA con el vestido de SERAFINA, y CARLOS junto a SERAFINA con el de MADAMA, y ERNESTO en silla: dosel con silla para el CONDE, y al entrar éste se levantan todos.

CARLOS

Ya está aquí el Conde:

(Aparte.)

¡qué mal

hice en venirme a poner

delante con el disfraz!

¿mas qué he de hacer, sino hallé

a Ricarte con el otro?

CONDE DE  
SAN POL

Señores, no os inquietéis,  
proseguid.

(Siéntanse todos y habla el CONDE con ERNESTO aparte.)

SERAFINA (Aparte.)

El Español  
se ha engañado con aquel  
disfraz mío: ¡Cielos! ¿cómo  
avisarselo podré?  
que por más que he hablado de esto,  
no ha sabido conocer  
la voz él, y Carlos sí.

CARLOS (Aparte.)

A Serafina escuché,  
y fue dicha no engañarme  
el disfraz.

HERNÁN TELLO

¿Qué no queréis  
pagar ni restituir?

MADAMA DE  
SAN POL

Si ignoro lo que robé,  
¿quién el hurto no conoce,  
cómo le podrá volver?

(Aparte.)

Ni el Conde es éste, ni Carlos;  
pero aquí forzoso es  
hablar con alguno, porque  
reparo pueden hacer  
en verme sola.

HERNÁN TELLO

¿Qué un alma  
que robáis no conocéis?

MADAMA DE  
SAN POL

Sin saber lo que me hice,  
si eso es cierto, os la quité  
y aún no me debió el estrago

el que reparase en él.

CONDE DE

SAN POL

Carlos está allí, según  
en el disfraz observé;  
y pues ha de estar Madama  
disfrazada aquí, no es bien  
hacer hacia Serafina 465  
demostración: más pondré  
a Carlos en un desaire,  
si hay motivo para él.

HERNÁN TELLO

¿Dudaréis de la osadía  
de un español otra vez?

MADAMA DE

SAN POL

(Aparte.

¿Español dijo? a esto mas  
me conviene ya atender:)  
¿qué es lo que no he de dudar?

HERNÁN TELLO

Que a Hernán Tello nada el ser  
le estorba español su brío,  
y vuestro garbo francés.

MADAMA DE

SAN POL

(Aparte.)

¿Hernán Tello qué es lo que oigo?  
bien lo supo agradecer  
Serafina el hospedaje.

CARLOS

¿Que aún no respondes, cruel?

SERAFINA

(Aparte.)

¡De susto no estoy en mí!

HERNÁN TELLO

¿Cómo ahora enmudecéis?

MADAMA DE  
SAN POL  
Fácil fuera hacer en vos  
el mismo efecto.

HERNÁN TELLO  
¿Con qué?

MADAMA DE  
SAN POL  
(Descúbrese con recato de los otros.)  
Con esto sólo.

HERNÁN TELLO (Aparte.)  
¡Qué veo!  
estatua muda quedé.

MADAMA DE  
SAN POL  
¿Enmudecisteis ya?

HERNÁN TELLO  
Sí,  
que la dicha que en mí veis,  
por ser en vuestra grandeza  
incapaz de suceder,  
no os la acerté a desear;  
y error de la suerte fue  
darme la dicha de hallar  
sin culpa de pretender;  
pero una vez sucedida,  
tarde me arrepentiré,  
pues no me atreví a esperar,  
pero me atrevo a tener,  
y no me he de desdecir  
por mucho que os enojéis.

MADAMA DE  
SAN POL  
Galante sois, español,  
y exponer no merecéis  
vuestra persona a estos casos.

HERNÁN TELLO  
Decid pues quien sois.

MADAMA DE

SAN POL

No haré,  
que no habéis de tener vos  
más garbo que mi altivez.  
Esta fue una travesura  
de airoso chiste, por ver  
turbado de vuestro brío  
el desenfado cortés:  
enfrente de mí, mirad,  
está la que pretendéis;  
id con Dios, porque a las damas  
siempre nos parece bien  
que en sus arrojos los hombres  
ensalcen nuestro poder;  
y no quiero que por mí  
de ser fino escarmentéis.

HERNÁN TELLO

Gallarda acción, vive Dios.

CARRASCO

¿Queréis, Madama, creer,  
que me ha parecido en vos  
pegadiza la esquivez?

NISE

Y queréis creer, Monsieur,  
que a hombre ordinario me oléis,  
y están en vos tan mal puestas  
gala y voces, que traéis  
la discreción de alquilar  
y la gala de alquiler.

CARRASCO

Pues no es porque estoy delante,  
pero soy buen mozo a fe.

CONDE DE

SAN POL

Hora es me parece ya  
de que empiecen.

ERNESTO Tomen pues  
sus puestos, y de instrumentos  
empiece el dulce tropel.

(Levántanse todos.)

SERAFINA  
Salid del festín, Monsieur,  
y a una reja esperaréis,  
donde a daros un aviso  
que importa mucho saldré.

HERNÁN TELLO  
Desde ahora a obedeceros  
me ausento: Carrasco, ven.

CARRASCO ¿Dónde?

HERNÁN TELLO A dejar el lucir,  
por acercarme al arder.

(Vanse los dos, y se empieza el baile francés entre damas y galanes.)

MÚSICA  
*Amor lisonjero,  
veneno inmortal,  
tu rigor severo,  
que ya es dulce y ya fiero,  
siempre fatal,  
sólo contra mí  
hace el penar  
dulce morir:  
déjame quejar  
de tu infeliz rigor,  
pues haces durar  
de todo mi dolor  
el fiero ardor,  
y a un infeliz  
sólo a penar  
dejas vivir:  
tu piedad cruel  
disfraya el matar  
con dulzura infiel,  
porque sabe juntar  
en su pesar,  
blando y sutil,*

*un halagar,  
que sólo es herir.*

SERAFINA ¡Ay de mí!

(Al pasar SERAFINA por junto al CONDE, se va a caer, llegan a tiempo el CONDE y CARLOS a detenerla, y encontrándose con violencia, cáesele al CONDE el sombrero.)

CARLOS  
Tened.

CONDE DE  
SAN POL  
¿Qué hacéis?

CARLOS  
No os vi, señor, perdonad,  
que me cegó la piedad.

CONDE DE  
SAN POL  
Mi cólera no irritéis,  
villano.

CARLOS  
Bien temí yo.

CONDE DE  
SAN POL  
Atrevido.

CARLOS  
¡Que con él  
no pueda reñir!

CONDE DE  
SAN POL  
Infel.

ERNESTO  
¿Señor, en que os ofendió?

CARLOS  
Mas pues allí está un criado  
suyo, si llega a apretar,  
en él le pienso dejar

advertido y castigado.

CONDE DE

SAN POL

¿Os dais por desentendido?

vive Dios, que mi pasión

castigue aqueste bastón

en un villano atrevido.

(Alza el bastón, y le detiene ERNESTO.)

CARLOS

Renolt, ¿qué es lo que decís?

¿y vuestra razón no responde

a esto que os ha dicho el Conde?

RENOLT

A vos dice.

CARLOS

Vos mentís,

y así deja castigados

vuestros errores mi filo,

que el Conde sólo ese estilo

tuviera con sus criados.

(Dale y cae.)

RENOLT

¡Ay infeliz!

CONDE DE

SAN POL

¡Ah traidor!

CARLOS

Deteneos, que mi fe

castigó a un criado, que

puso mal a su señor.

Y pues con vos, por ser fiel,

no riño, hice lo que visteis,

no porque vos lo dijisteis,

sino por decirlo él.

Con vos no se me permite,

de él mi honor se satisface,

porque la injuria me hace

aquel que me la repite.

Y porque ya soy testigo,  
que a honrarme mi fe os obliga  
miente cualquiera que diga,  
que en esto hablasteis conmigo  
de vos abajo, que estáis  
en lugar del Rey, y así  
me retiraré de aquí,  
para que no lo digáis.

CONDE DE  
SAN POL  
Prendedle, matadle, muera.

ERNESTO  
Este atrevimiento es ya  
contra todos.

CONDE DE  
SAN POL  
Él tendrá  
el castigo.

(Entran siguiéndole.)

SERAFINA  
¡Suerte fiera!  
dentro, señores, os entrad,  
no ese cadáver asombre.

MADAMA DE  
SAN POL  
¡Absorta he quedado! a ese hombre,  
si vive, a curar llevad,  
que del Conde la arrogancia  
con cualquiera militar  
recelo que ha de costar  
algún mal suceso en Francia.

*Escena VIII*

Decoración de la calle.

PORTOCARRERO y CARRASCO.

HERNÁN TELLO

Nadie a la reja salió.

CARRASCO

Dentro suena bravo estruendo,  
y un hombre sale corriendo.  
(Sale CARLOS.)

CARLOS

La fortuna el resto echó:  
Caballero, vuestra espada  
a quien me siguiera impida,  
que me importa honor y vida.  
(Vase.)

(Sale ERNESTO y soldados.)

CARRASCO

Eso es para una tapada.

ERNESTO

Éste es, prendedle.

HERNÁN TELLO

Yo estoy  
a la defensa obligado.

CARRASCO Y yo, Señor, a tu lado  
(Riñen.)  
como dogo.

ERNESTO

Muerto soy.  
(Cae.)

*Escena IX*

Dichos y sale el CONDE con luces.

CONDE DE

SAN POL

Sin luz Ernesto salió  
sigámosle.

HERNÁN TELLO

Pura luz vi,  
Carrasco, ven por aquí.

(Vanse los dos.)

SOLDADO

El que se retira hirió  
a Ernesto.

CONDE DE  
SAN POL

¿Qué es lo que he oído?  
mas también le seguiré,  
pues a la luz observé  
las señales del vestido.  
(Vase.)

ERNESTO

Dejadme al traidor seguir  
que esto no es nada.

SOLDADO

A curaros  
venid, que no he de dejaros  
de ese modo proseguir;  
nosotros le seguiremos.

(Llévanle.)

*Escena X*

PORTOCARRERO y CARRASCO.

CARRASCO

¡Ah, Señor, este portal  
oscuro está y mal por mal,  
pues las calles no sabemos,  
ocultémonos en él,  
que por otra parte ya  
el ruido dice que va  
siguiéndonos el tropel.

HERNÁN TELLO

Enfrente está de la casa  
de Serafina, y así,  
bien podemos desde aquí,  
no sólo oír lo que pasa,

sitio mirar si a la reja  
salen, o ruido escuchamos;  
pues aunque el riesgo en que estamos  
este espacio no aconseja;  
¿adónde habemos de ir,  
si hasta que la noche fría  
rompa el nombre con el día,  
no hemos de poder salir  
de la Plaza? ¿qué furor  
les movería contra mí,  
que me obligaron allí  
a usar de todo el valor?

CARRASCO No lo sé, ni qué accidente  
la fiesta turbado habrá.

HERNÁN TELLO  
No te muevas, que hacia acá  
parece que viene gente.

#### *Escena XI*

Dichos, RICARTE y después CARLOS.

RICARTE  
Más vale nunca que tarde,  
aquel refrán nos responde:  
éste es el portal adonde  
mi amo me mandó que aguarde.  
Larga ha sido la función,  
culpa los brindis tuvieron,  
donde me desvanecieron  
a razones la razón.  
¡Qué oscuro está! aquí tropieza  
la planta, este un poyo es,  
y supuesto que los pies  
no pueden con la cabeza,  
siéntome.

CARRASCO  
¡Qué mal andar  
tiene!

HERNÁN TELLO  
Calla, que otro allí

viene.

(Sale CARLOS.)

CARLOS

Pues a todos vi  
la calle desamparar  
buscándome, y nunca puede  
en juicio probar que yo  
fuí quien a Renolt mató,  
aunque sospechosos queden,  
este traje he mudar:  
si Ricarte espera aquí 695  
con el que mandé; y así  
entre ellos me he de mezclar,  
desvaneciendo atrevido  
cualquier indicio que he dado,  
porque en fin lo bien negado 700  
no fue jamás bien creído.  
¿Ricarte?

RICARTE     ¿Quién llama?

CARLOS

Yo:  
¿dónde estás?

RICARTE

Aquí rabiando,  
como aquel que tiritando  
toda la noche esperó.

CARLOS

Toma presto este vestido,  
y dame el que te he mandado.

HERNÁN TELLO

Para volver disfrazado  
buena ocasión se ha ofrecido;  
toma ése, y yo le daré  
el mío.

(Desnúdanse, y dale PORTOCARRERO su casaca a CARLOS, y da la suya  
CARRASCO a RICARTE, y él le da la que traía prevenida.)

CARRASCO    Y el mío yo,

que por malo que sea, no  
pienso que empeoraré.

CARLOS

Toma.

RICARTE

Venga, que ahí va  
el otro.

CARLOS

Vete al momento,  
no te vean aquí.

RICARTE

Eso intento,  
que me llama el sueño ya.  
(Vase.)

CARRASCO

Muy buena maula se ha hallado  
en mi vestido.

CARLOS       (Aparte.)

Fortuna  
débate esta vez alguna  
piedad, quien vuelve fiado  
en la exterior experiencia  
de este traje que previno,  
no hallando contra el destino  
otra humana resistencia.  
(Vase.)

HERNÁN TELLO

¡Raro caso!

CARRASCO

Y dicha rara;  
aunque a mí me ha sucedido  
otro caso parecido,  
muchas veces no faltara,  
si en comedia se escribiese,  
alguno que lo dudase,  
por natural que se hallase  
y fácil que se supiese.

HERNÁN TELLO

En la casa entrando gente  
va otra vez; y pues estoy  
ya en otro traje, yo voy  
a averiguar, qué accidente  
fue el que pudo alborotar  
la fiesta, y si ha de salir  
Serafina.

CARRASCO

¿Y quieres ir  
donde vuelvan a chocar  
contigo?

HERNÁN TELLO

Ven, que así  
va el temor desvanecido,  
pues solamente el vestido  
resultaba contra mí.

### *Escena XII*

Decoración del salón.

El CONDE, ERNESTO y soldados con luces, y todas las damas.

CONDE DE

SAN POL

¿Que no os queráis recoger?

MADAMA DE

SAN POL

Esto habéis de hacer por mí.

SERAFINA

Señor, no salgáis así.

ERNESTO

Yo me he empeñado en prender  
a quien cometió el delito  
en mi casa de una muerte,  
que a su Alteza de esta suerte  
empeño mayor evito.  
Intercutánea es la herida  
del piquete, y la violencia  
del golpe y mi resistencia  
ocasionó la caída.

Y esto se ha de castigar,  
que si el primero permito,  
la cólera hace un delito,  
y muchos un ejemplar.

CONDE DE  
SAN POL

Toda la plaza he rondado,  
sin hallar el delincuente,  
y el susto del accidente,  
vuestro, aquí me ha retirado,  
basta poder con el día  
hacer la averiguación:  
esto es quitar la ocasión  
de que a la cólera mía  
la justicia anticipada  
llegue, y lleve a Carlos preso,  
que en los filos del proceso  
de embotan los de la espada.

### *Escena XIII*

Dichos, y salen por diferentes puertas CARLOS, PORTOCARRERO y CARRASCO.

HERNÁN TELLO  
Con mi industria disfrazado,  
a ver el tumulto vuelvo.

CARLOS  
A entrar aquí me resuelvo,  
del nuevo traje fiado.

CONDE DE  
SAN POL  
(Mirando a CARLOS.)  
Allí diviso el que hirió  
a Ernesto, aquel el vestido  
es.

ERNESTO  
(Mirando a PORTOCARRERO.)  
Vive Dios, que atrevido  
aquí el máscara volvió  
que hirió a Renolt: ya es exceso  
contra mí y el general;

y pues él buscó su mal,  
ha de ir al castillo preso.

CONDE DE  
SAN POL  
Prendiéndole, de él sabré  
si Carlos fue el atrevido.

CARRASCO  
A la luz miro el vestido  
por Dios, que no me engañé.

MADAMA DE  
SAN POL  
Otra vez se vuelve aquí  
el español.

SERAFINA  
Ya ha venido  
Hernán Tello; por el ruido  
a la reja no salí.

CONDE DE  
SAN POL  
Hola.

ERNESTO  
Hola.

UNOS Señor.

OTROS  
Señor.

(Señala cada una el suyo, y se arrojan unos y otros a cogerlos por detrás.)

LOS DOS  
Prendedme aquesse atrevido.

TODOS  
Daos a prisión.

LOS DOS  
¡Ah traidores!

MADAMA DE  
SAN POL y  
SERAFINA  
Cielos, ¿qué es esto que miro?

CARRASCO  
Llegó nuestro fin, ya tengo  
calentura en el gallillo.

SERAFINA  
¿Cómo podré yo estorbarlo?

MADAMA DE  
SAN POL  
¿Cómo pudiera impedirlo?

SERAFINA  
¿En qué, señor, te ha injuriado?

MADAMA DE  
SAN POL  
¿En qué, esposo, te ha ofendido?

ERNESTO  
En su traje se conoce,  
que es el que osado y altivo  
perdió el respeto a su Alteza.

CONDE DE  
SAN POL  
En su traje he conocido,  
Que es este el que a Ernesto hirió.

HERNÁN TELLO  
¡Por cuánto, Cielos divinos,  
donde juzgué hallar remedio,  
no hallara nuevo peligro!

CARLOS  
¡Por cuánto no hallara un riesgo  
donde buscaba un alivio!

CARRASCO  
¡Y por cuánto, según anda  
confuso este laberinto,  
quizá estará condenado

a ahorcar este vestido!

ERNESTO  
Destapadle el rostro.

CONDE DE  
SAN POL      Veamos.  
quien es.

(Descubren a los dos.)

CARRASCO   Esto va perdido.

ERNESTO      ¡Válgame el Cielo! ¿qué veo?

CONDE DE  
SAN POL      ¡Valedme, Cielos! ¿qué miro?

ERNESTO      ¡Hernán Tello pudo ser,  
con quien un lance ha tenido  
tan pesado el Conde!

CONDE DE  
SAN POL      ¿Quién  
me ofendió, no es Dumelino?

MADAMA DE  
SAN POL  
¿Qué equivocación de trajes  
ha sido ésta?

SERAFINA      ¿Qué habrá sido  
esta mudanza en los dos?

CONDE DE  
SAN POL  
Cuando acercarnos pudimos,  
yo escuché la voz de Carlos.

ERNESTO      ¡En qué empeño estoy metido,  
cuando le debo agasajos!

CONDE DE  
SAN POL      (Vuelve y ve a PORTOCARRERO.)  
¿Ernesto? ¡pero qué es esto!

ERNESTO (Vuelve y ve a CARLOS.)  
Señor, ¡pero qué he mirado!

CONDE DE  
SAN POL ¿Hernán Tello aquí escondido  
con el traje que tenía  
mi ofensor?

ERNESTO  
¿El que me ha herido  
fue Carlos?

SERAFINA  
La admiración  
me vistió de mármol frío.

CONDE DE  
SAN POL En buen empeño se halla  
la autoridad con el brío.

ERNESTO  
En fuerte lance me veo  
con mi yerno y con mi amigo.

HERNÁN TELLO  
¡Cielos, variando el acaso,

CARLOS  
¡Ciel firme se quedó el peligro!  
os, mi fortuna ha dado  
de un abismo en otro abismo!

HERNÁN TELLO  
¿Para cuándo son las ansias?

CARLOS  
¿Para cuándo los gemidos?

CARRASCO ¿Para cuándo, para cuándo  
aguardan falsos testigos?

CONDE DE  
SAN POL Villanos, soltad, ¿qué hacéis?  
habiendo ya conocido  
la persona del señor

Hernán Tello, ¿así atrevidos  
le oprimís, viniendo a honrar  
sus servidores antiguos?

CARRASCO

Luego dirá mi amo, que  
no somos bien recibidos.

CONDE DE

SAN POL

Habiéndoos visto, señor,  
aunque me pesa infinito  
no hayáis de vuestra jornada  
anticipado el aviso,  
y que para el hospedaje  
no nos halléis prevenidos,  
bien veis, que excusar no puedo;  
que aquí os detengáis, pidiros  
es fuerza, hasta dar cuenta  
a mi Rey de vuestro arrivo,  
y así a ser mi huésped sólo  
habéis de venir conmigo.

ERNESTO

A vuestra Alteza, señor,  
que considere suplico:  
que es eso desaforar  
al país de sus prescritos  
privilegios.

CONDE DE

SAN POL

¿Cómo?

ERNESTO

Como  
aunque Vuestra Alteza vino  
a gobernar la provincia,  
cuando Amiens no ha recibido,  
por sus fueros, de soldados  
guarniciones ni presidios,  
toda la jurisdicción  
le toca en ella a mi oficio,  
y en el ejército a vos:  
luego si está en mi dominio,  
claro se ve, que a mí sólo

toca hospedarlo, y servirlo.

CONDE DE

SAN POL

No digáis eso, que yo  
en lugar del Rey asisto  
aquí.

ERNESTO

Y yo, señor con su  
jurisdicción me autorizo.

CONDE DE

SAN POL      Lugar-Teniente del Rey  
al general es estilo  
llamar.

ERNESTO

No aquí, donde tienen  
privilegios los vecinos  
de no admitir soldadescas,  
pues profesan ellos mismos  
la milicia, y ellos tienen  
sus jefes.

CONDE DE

SAN POL

No persuadirnos  
queráis eso, que vos sólo  
juez ordinario habéis sido,  
y éste es fuero militar,  
cuyo imperio privativo  
reside en mí.

ERNESTO

También yo,  
por las Milicias que alisto,  
capitán de guerra soy.

CONDE DE

SAN POL

¿Pues a los órdenes míos  
no estáis por esa razón?

ERNESTO

En caso de guerra o sitio,

si, en lo que toca al manejo  
de las armas; mas no al juicio,  
en que aquí el Potestad tiene  
absoluto señorío:  
y así debéis entregarle.

CONDE DE  
SAN POL      Soldado soy, no ministro,  
y prisioneros de guerra  
a justicias no permito  
rendir, pues nunca ser puede  
delincuente el enemigo;  
y no se porfíe en esto,  
pues se ve que es desatino,  
que quien manda armas de España,  
a menos se haya rendido,  
que a quien manda armas de Francia.

ERNESTO  
Segunda vez os repito,  
que yo mando estas milicias  
también.

CONDE DE  
SAN POL  
No me, hagáis deciros,  
que un caudillo militar  
no ha de rendirse a un caudillo  
de los mecánicos gremios,  
que es bajeza el discurrirlo,  
y aún el sufrirlo yo,  
sin dar a ese error castigo.

ERNESTO  
Yo cederé, protestando;  
mas no sé si consentirlo  
querrán los burgueses.

UNOS  
No,  
que nuestros fueros antiguos  
defenderemos.

OTROS  
Nosotros  
sobramos a reducirlos.

HERNÁN TELLO  
Bien vino la competencia  
para no darme a partido.

CARRASCO  
Valido de este alboroto,  
escaparme determino.

HERNÁN TELLO  
En tumultos populares  
a mi valor permitido  
será sacando la espada,  
estorbar que hagan conmigo  
indecorosa violencia.  
(Saca la espada.)

CARRASCO  
Eso sí, cuerpo de Cristo,  
que ha rato que está en el pecho  
la sangre dando pellizcos.

UNOS  
Del Conde es.

OTROS  
Del Potestad es.

CARRASCO  
Yo aqueste medio elijo,  
para huir de sus rigores.  
(Apaga las luces.)

UNOS  
A ellos.

OTROS  
A ellos, amigos.

CONDE DE  
SAN POL  
Ninguno aquí riña, pues  
que corran riesgo es preciso  
las damas.

ERNESTO

Nadie use armas  
hasta que hayan traído  
luces: hola, luces presto.

SERAFINA  
¡Muerta estoy!

MADAMA DE  
SAN POL  
¡Sin alma ánimo!

FLORA  
¡Qué miedo!

UNOS  
Salgamos fuera.

HERNÁN TELLO  
¿Carrasco?

CARRASCO  
¿Qué hay, señor mío?

HERNÁN TELLO  
Sígueme.

CARRASCO  
Ya voy, mas voy  
tentando con las hocicos.

HERNÁN TELLO  
Cielos, la puerta no encuentro.

SERAFINA  
¿Español?

HERNÁN TELLO  
¿Quién es?

SERAFINA  
Veníos conmigo.

HERNÁN TELLO  
Esa dulce voz  
imperio tiene atractivo.

*Escena XIV*

Dichos, menos SERAFINA, PORTOCARRERO, CARRASCO, y sale NISE con luces.

NISE Ya están las luces aquí.

CONDE DE  
SAN POL  
¿Qué es esto? ¿dónde se ha ido  
Hernán Tello?

ERNESTO  
Esa es mi duda.

CONDE DE  
SAN POL  
Pues buscarle determino  
por la casa.

ERNESTO  
Y yo también.  
(Vase.)

CONDE DE  
SAN POL  
Vaya Carlos al Castillo,  
que ha de pagar su osadía,  
por vida del Rey Enrico.  
(Vase.)

CARLOS  
Cielos, ved que en tantas ansias  
me da muerte el ver que vivo.

(Llévanle los soldados.)

MADAMA DE  
SAN POL (Aparte.)  
Aunque puede ser que le haya  
de todos desaparecido  
Serafina, he de callar;  
pues con ocultarle, evito  
al Conde y al Magistrado  
empeño tan conocido.

(Sale ERNESTO.)

ERNESTO

Todo la casa he mirado,  
y sólo falta este sitio  
del cuarto de Serafina.

(Sale SERAFINA.)

SERAFINA

Yo cerrado le he tenido  
con la llave.

UNOS

Viva el Conde.

OTROS

Viva el Magistrado.

(Sale el CONDE.)

CONDE DE

SAN POL

A gritos

se abanderiza la plebe;  
entre ellos habrá salido  
a la calle, y lo primero  
es Ernesto, dividirlos, 995  
y dar orden en las puertas,  
que no abran, hasta otro aviso;  
yo le cercaré la casa,  
por si ocultarle ha querido.

ERNESTO

Estorbemos el tumulto,  
que él no saldrá del recinto  
de los muros, y podremos  
buscarle más advertidos.  
(Vase.)

MADAMA DE

SAN POL

De tanto acaso asustada  
a palacio me retiro.

SERAFINA  
Señora.

MADAMA DE  
SAN POL  
Quedad con Dios,  
que en efecto habéis cumplido,  
como quien sois.

SERAFINA  
No os entiendo.

MADAMA DE  
SAN POL  
Yo os diré porqué lo digo.  
(Vase.)

SERAFINA Este enigma me faltaba;  
pero entre tanto que el ruido  
se sosiega, esto es primero  
salid.

*Escena XV*

SERAFINA, y salen PORTOCARRERO y CARRASCO.

HERNÁN TELLO  
A tus pies rendido,  
Madama.

SERAFINA  
Excusad razones,  
porque no es tiempo de oíros.  
Vos, hidalgo en ese paso,  
a este corredor vecino,  
mirad si vuelven.

CARRASCO  
Sí haré,  
y ninguno, si yo miro,  
irá tan descaminado,  
que se escape de registro.  
(Vase.)

## SERAFINA

No más sustos, español  
que el pecho me habéis tenido  
estremeciendo a presagios,  
y palpitando a latidos.

¿Estos son vuestros arrojios?  
¡mal hubiese mi delirio  
en deciros lo que nunca  
juzgué que hubiese traído  
tal séquito de accidentes,  
tal concurso de peligros!

Lo que no es amor, no sea  
cuidado, que es desvarío  
tener la pensión del riesgo,  
sin propensión del cariño.

De la casa de mi padre  
caen los jardines floridos  
al muro, y en él, yo y una  
criada, de quien me fío,  
una cuerda os ataremos,  
en estando recogidos  
todos, bajaréis por ella,  
que yo a quitarla me obligo,  
por no dejar contra mí,  
cuando amanezca ese indicio.

Y pues la plaza no pueden  
abrir, hasta que en los visos  
encienda el alba los montes  
de aquel albor matutino,  
tiempo tenéis de escaparos,  
antes que puedan seguiros.

Tomad, tomad el retrato,  
pues por él habéis venido,  
porque no volváis por él,  
que un miedo os he concebido,  
tal, que sin serlo yo os tiemblo  
más que vuestros enemigos,  
y en lo que tuvo de vuestro,  
le desconozco por mío.

Id con Dios, que ya me cuestan  
vuestros arrojios martirios,  
y me anda acá lo piadoso  
desmesurando lo esquivo.  
No volváis a verme más,  
ni quiero que un desvarío  
me asuste, sin ser amor,

y hallando hecha el albedrío  
la costa a lo cuidadoso,  
se domestique en lo fino.

HERNÁN TELLO

Yo tomo el retrato; pero  
no viniendo en el partido  
de no veros.

SERAFINA

¿Pues de mí,  
qué es lo que intentáis?

HERNÁN TELLO

Serviros.  
tan a todo trance, que  
no sólo aqueste conflicto  
no me haga escarmentar; pero  
juro a los Cielos Divinos,  
que ningún francés consiga  
lograros mientras yo vivo.

SERAFINA

¿Pues podéis vos aspirar,  
siendo de opuestos dominios,  
ser mío?

HERNÁN TELLO

¿Por qué no?

SERAFINA

Si vuestro espíritu altivo  
no encuentra dificultades,  
mal dejará persuadirnos  
la razón a error tan grande;  
no queráis hacer impío  
que me halle bien con creerlo,  
si el tiempo ha de disuadirlo.

HERNÁN TELLO

¿Pues qué dificultad tiene  
ser vasallos de un Rey mismo  
los dos?

SERAFINA

Bien está, pues yo,

si eso salváis vos, me obligo  
a ser vuestra.

HERNÁN TELLO  
¿Cuándo?

SERAFINA  
Cuando,  
puesto que los dos vivimos  
hoy a dos Reyes sujetos,  
hagáis vos en mi servicio,  
o que Amiens sea del vuestro,  
o que Dorlan sea del mío.

HERNÁN TELLO  
En bodas como las nuestras  
es más cortesano estilo  
que no salga de su casa  
la Dama; y así lo elijo  
que sea Amiens del Rey de España,  
pues casi imposible miro  
que sea Dorlan de Francia,  
en tanto que yo la rijo.

SERAFINA  
¡Oh que arrogancia española,  
tan propia de aquel nativo  
soberbio espíritu que  
os hace a todos malquistos!  
Bien juzgué que mereciese  
mas el darme yo a partido,  
que un engaño, porque engaño  
es ofrecer presumido  
temeridades adonde  
no puede llegar el brío.  
Voy a allanaros el paso,  
porque luego podáis iros  
donde aún de mis quejas no  
percibáis un desperdicio;  
y un imposible tan grande,  
id, español, advertido  
que fue bajeza ofrecerlo,  
no pudiendo vos cumplirlo.  
(Vase.)

HERNÁN TELLO

¿Qué es lo que pasa por mí?  
yo, Cielos, desvanecido  
dije una proposición  
a una dama, cuyo juicio  
motejando de arrogancia  
mi amoroso desvarío,  
aún le graduó por desprecio  
más allá de desatino.  
No cumplirle la palabra  
fuera en mí valor indigno;  
cumplirla, entregando a Francia  
a Dorlan, fuera delito  
contra mi Rey y mi honor:  
y en los extremos distintos  
de amor y honor, Rey y Dama  
es en leales Caudillos  
antes el Rey que el amor,  
y el honor que no el cariño.  
Ea, discurso, al empeño,  
que si ahora de aquí salimos,  
Amiens ha de ser de España,  
para cuyo gran motivo,  
valga la industria por armas,  
por ejército el capricho,  
la astucia por batería,  
y por poder el arbitrio:  
pues doy a España esta Plaza,  
venzo aquel rigor esquivo,  
me coronó de laureles,  
hago halagos los desvíos;  
puesto que cumplo (excusando  
en fin discursos prolijos)  
a mi Dama una palabra,  
y hago a mi Rey un servicio;  
porque sepan las edades  
venideras lo que hizo  
por su Rey y por su Dama  
un español de este siglo.

### ACTO III

#### *Escena I*

Decoración de bosque.

PORTOCARRERO y soldados.

HERNÁN TELLO

Altos verdes y antiguos ciudadanos,  
de estas riberas vividores olmos,  
que tejiendo cortinas enredadas,  
sois de este valle pabellón frondoso.  
¡Oh vosotros, que fuisteis a mis ansias  
florecentes testigos! ¡Oh vosotros,  
cómplices de suspiros tan callados,  
que aun yo mismo los siento y no los oigo!  
Troncos en quien el céfiro suave,  
pulsando vuestras hojas sonoro,  
al ardiente compás de mis suspiros,  
de acompañar mis penas suena ronco:  
pues me dais el consuelo de atenderme,  
y el secreto ofrecéis a mis sollozos,  
siendo para escucharlos siempre atentos,  
estando para oírlos siempre sordos.  
Grabad el nombre en vos de Serafina,  
y haced que vuelvan a escuchar mis ojos  
el dulcísimo nombre de quien fueron  
láminas vegetables vuestros troncos.  
A Amiens he de rendir (¡terrible empresa!)  
pues me asusto en lo mismo que dispongo,  
y de tener tan alto pensamiento  
aún se halla el pensamiento temeroso.  
No lidio, no, con bárbaros caribes,  
de aquellos que en el clima más remoto  
habitan breve mundo en isla breve,  
verde lunar de cristalino rostro.  
No con aquellas que juzgaban eran  
de condensada nube ardiente aborto  
esas bocas de bronce, que oprimidas  
bostezan humo, cuando escupen plomo.  
Con los franceses lidio: ¡oh amor noble!  
¿quién habrá que se esmere en tus oprobios,  
cuando tú las acciones generosas  
enseñas, a los pechos generosos?

*Escena II*

Dichos y sale ORTIZ con un Mundi Novo.

ORTIZ

Gracias a Dios que el camino  
me has ahorrado, y que dichoso,  
hallando a tu gente haciendo  
forrajes en este soto,  
llego a tus plantas.

HERNÁN TELLO

Ortiz,  
bien venido: cuidadoso  
me has tenido.

ORTIZ

Señor mío,  
yo estoy viejo, y aunque mozo  
fuera, aún no pudiera andar  
una águila de retorno,  
al paso que va el deseo  
de cualquier amante bobo.  
Yo entré en Amiens disfrazado,  
con todo este promontorio,  
del Mundi Novi, que trajo  
un extranjero famoso,  
invención extraña para  
sacar de la risa el oro.  
Grité por aquellas calles  
soltando a mi voz el chorro:  
Quién chieri ver cosi estrañi,  
cosi lindi, el Mundi Novo:  
li satri, li zapateri,  
trompetieri; y sobre todo  
li señor Cataliniqui:  
e hize tan grande alboroto,  
que más de seis mil muchachos  
me acompañaban el tono.  
Entré en muchísimas casas,  
donde llamaron gustosos  
a ver la novedad, cuyos  
embelecos a mi bolso  
iban atrayendo ochavos,  
tropezando unos en otros.  
Una la de Serafina  
fue, de que sé que envidioso  
quedarías, y teniendo  
yo una cara de demonio

entonces, toda tu gala  
trocaras tú por mis ojos.  
Ella salió: ¡oh que ocasión  
me ofrecía el episodio  
de pintártela, si acaso  
permitiera el auditorio  
a romances de vejetes  
ambages y circunloquios!  
Saqué yo mi Mundi Novi,  
sacudiendo de los hombros  
tantas mentiras de bulto,  
que sobre un bufete pongo.  
Había en él una danza  
de máscaras en el corro,  
y yo dije entonces: Esti  
es en Amiens un vistoso  
festín, en donde Hernán Tello  
entró también de rebozo.  
Ella se asustó: yo dije  
que mil secretos curiosos  
llevaba, y que le feriba  
en una caja unos polvos  
de grandísimas virtudes,  
naturales para el rostro;  
que era un papel dentro (aquí  
di una guiñada) iba el modo  
de usarlos, y la receta  
para hacerlos. Entendiolo,  
que es demonio la muchacha;  
y con un chiste gracioso  
que descomponer pudiera  
mi recato más devoto,  
cuando allá en mis mocedades  
era yo más cosquilloso,  
me dijo: yo lo veré,  
dándome un doblón de a ocho;  
que no quiso el asonante  
que fuese más el socorro.  
Volví a pasar por la calle  
después, y del mismo modo  
me llamaron, y me dijo,  
como fingiendo un enojo  
de un almibarado ceño,  
cuyo dejo es pegajoso:  
Tomad allá la receta,  
que grande escrúpulo formo,

y no quiero yo quedarme  
con cosa que a mi decoro  
esté mal, pues es hechizo  
con pacto supersticioso.  
Entregome este papel  
(Sácale.)  
con esta industria, y yo tomo  
la caja, y piano piano,  
con todo el mundo me torno  
acuestas, y con dinero,  
que pesa más por ser poco.

HERNÁN TELLO  
Tú has hecho la diligencia  
recatado y cauteloso,  
como tan gran partidario.  
Muestra ese papel, que el gozo  
en el corazón no cabe,  
y va rebosando al rostro.

(Lee.)  
*Monsieur, vos habéis buscado  
a mi recato un tan propio  
modo de favoreceros,  
que en él también me conforma.  
Que sea vuestra me volvéis  
a pedir, cuando brioso  
conquistéis a Amiens; yo digo  
que al partido me acomodo,  
no pudiendo hallar mejor  
camino, ni más airoso  
de despediros, supuesto  
que otorgando a vuestro antojo  
una esperanza con un  
imposible, nada otorgo,  
que es lo que yo deseaba,  
no quedando vos quejoso;  
que esto de quedar con quejas,  
es exponerse al apodo  
de tirana, cruel y fiera,  
que sabéis decir vosotros,  
pretendiendo que admitamos  
por finezas los oprobios.  
Esto es empeñar de nuevo  
mi valor, al más heroico  
asunto que celebraron*

*los Anales prodigiosos.  
¡Ah si Francisco de Arco  
viniera, a quien presuroso,  
desde que de Amiens salí,  
despaché a pedir socorro  
al Archiduque!*

### *Escena III*

Dichos, FRANCISCO DEL ARCO y CARRASCO.

FRANCISCO Las plantas  
me da.

HERNÁN TELLO  
Aragonés famoso,  
llega a mis brazos, pues ellos  
te coronan.

CARRASCO  
Y a mí, y todo,  
señor, pues desde Bruselas,  
envuelto en sudor y en polvo,  
me viene una posta dando  
puñaladas en los lomos,  
ensartando en su espinazo  
como si fuera abalorio.

HERNÁN TELLO  
¿Cómo dejáis a su Alteza?  
Cuando llegué, en alborozos  
públicos la villa ardía,  
pavón de fuego vistoso,  
con pompa de luminarias,  
que coronándola en torno,  
párpados de luz palpitan  
en tantos trémulos ojos.  
La causa de esta alegría  
era volver victorioso,  
después que de los dos meses  
franceses la tregua han roto  
de Cales, el Archiduque  
Alberto, cuyos gloriosos  
hechos, si en su pecho caben,  
no caben en sus elogios.

Dile tu pliego a su Alteza,  
que le recibió gustoso,  
preguntándome por ti,  
y examinando curioso  
cómo estás, en qué discurre,  
y cómo te hallas; de modo,  
que al ver que un Príncipe grande  
admite entre sus ahogos  
tan por menor los cuidados  
de su gente, reconozco  
que en su servicio los riesgos  
se alivian; porque es notorio,  
que quien de ti no se olvida,  
no se olvidará tampoco  
de tus servicios, pudiendo  
con beneficio tan corto,  
al ser de lo agradecido,  
divertir lo deseoso.  
Díjome que le pedías  
licencia, gente y socorro  
para una oculta interpresa:  
preguntó si noticioso  
de ella yo me hallaba: dije  
que tus designios ignoro,  
porque el secreto tenías,  
y aún se aventuraba el logro  
dando cuenta, a que me dijo:  
Hecho será prodigioso,  
siendo suyo; y le diréis  
que remitir le dispongo  
la gente que aquí me pide,  
por ser el número poco;  
que si su antes puede dar cuenta  
del designio cauteloso,  
se verá acá en el Consejo:  
pero si halla algún estorbo  
en la dilación del tiempo,  
que él emprenda por sí sólo,  
fiando de él el suceso,  
pues sus experiencias toco.  
Este despacho te envía,  
(Dáselo.)  
con orden de que estén prontos  
a remitirte esa gente  
cuantos cabos valerosos  
Las guarniciones y plazas

habitan de este contorno.  
Y por si venir maestros  
de campo fuere forzoso  
para mandarles, te envía  
también grado decoroso  
de general de batalla,  
de que el parabién nosotros  
recibimos, y el viaje  
dichosamente corono.

HERNÁN TELLO

Una y mil veces los brazos  
me da, porque sus prisiones,  
de dos almas eslabones  
sean sus eternos lazos.  
Su Alteza me escribe aquí  
que a todos orden envía  
que me obedezcan, y fía  
tan grande empresa de mí,  
aunque cuenta no le he dado,  
de mi valor persuadido,  
a que ya está conseguido,  
con haberlo yo intentado.

CARRASCO

¿Y de eso tan triste estás?

HERNÁN TELLO

Entre temor y esperanza,  
Carrasco, esta confianza  
es la que me empeña más.  
Siempre se experimentó  
ser enemigo violento  
la palabra o pensamiento,  
que del pecho libertó  
un hombre, que su impiedad  
el afecto más cruel  
suele volver contra aquel,  
que le dio la libertad.  
Empresas, que a ser creídas  
no nacieron destinadas,  
no deben ser rebeladas  
antes de estar conseguidas:  
que como difícil es  
el persuadirlas constantes,  
sólo las desprecia antes

quien las admira después.  
Y la censura importuna  
opone dificultades,  
sólo las temeridades  
las sentencia la fortuna;  
pues con juicio desigual,  
hace que el nombre les den  
de hazaña, si sale bien,  
y de locura, si mal.

CARRASCO

No en fantásticos vaivenes  
te quieras desvanecer,  
y lo que esperas tener,  
no juzgues que ya lo tienes;  
porque al verlo disuadido,  
harás, según de esto arguyo,  
que lo que nunca fue tuyo,  
lo llores como perdido.

(Disparan.)

(Dentro CARLOS.)

CARLOS

¡Ay de mí!

(Dentro RENOLT.)

RENOLT

Matadle, muera.

CARLOS

Desesperado sabré  
morir o matar.

HERNÁN TELLO

¿Mas qué  
confuso lamento altera  
este campo?

CARRASCO

Entre espesuras,  
que son fragosos cancelos,  
un torbellino de pieles,  
y un viento con herraduras,

corre el monte desbocado;  
y según fogoso viene,  
de la pólvora que tiene  
pienso que se ha disparado.

FRANCISCO

Y en un tronco choca allí,  
y el aire, y tierra midiendo  
despeña a un joven, diciendo...

*Escena IV*

Dichos, y sale CARLOS.

CARLOS

¡Ay infelice de mí!  
(Cae.)

HERNÁN TELLO

Carrasco, acúdele, y vos,  
que salga a la oposición  
de esa tropa un batallón,  
haced.

(Vanse los soldados.)

ORTIZ

Yo me voy, por Dios,  
a descansar, que no miras,  
que rendido estoy aquí,  
y ha rato que sobre mí  
tengo un mundo de mentiras.  
(Vase.)

*Escena V*

Dichos, menos ORTIZ.

CARLOS

¡Ay triste!

FRANCISCO

Parece, que  
cobrando el perdido aliento,

vuelve ya en sí.

CARRASCO

Muy bien hace  
en volver en sí, supuesto  
que hasta ahora ha estado en mí,  
que en mis costillas lo tengo.

HERNÁN TELLO

Infeliz joven, cobraos.

CARRASCO

Y yo, si soy quien le debo,  
te lo daré adelantado,  
porque se cobre más presto.

CARLOS

Ya que de aquel parasismo,  
que con mortal desaliento,  
entre mi muerte y mi vida  
fue paréntesis funesto,  
cobrado estoy; a tus plantas,  
ilustre Portocarrero,  
cuyas gloriosas hazañas,  
padrones serán del tiempo,  
yace Carlos Dumelino.

HERNÁN TELLO

Levantad, Carlos, del suelo,  
que ya me acuerdo que fuisteis  
en Dorlan mi prisionero.

(Aparte.

¡Cielos este es el francés  
del retrato, a quien prendieron  
no sé, por qué aquella noche,  
que me vi en peligro dentro  
de Amiens! ya podré saber  
el motivo de mis celos.)

Carlos ¿qué es esto?

CARLOS

Un agravio  
tan riguroso, tan fiero,  
que su dolor... ¿pero cómo  
tu dolor explicar quiero  
si en inmensidad no cabe

aun en la del sentimiento?  
ofendiome un poderoso  
en el honor: ya con esto  
de una vez lo dije todo;  
que hay linaje de tormentos,  
que aún no se atreve a explicarlos  
quien ha menester saberlos.  
Ya pues con esto te he dicho  
mi intención; porque naciendo  
noble, a nadie rebelara,  
que el honor perdido tengo,  
a no ser para cobrarle:  
porque aun de este modo quiero,  
no fiándome de mí,  
ponerme a mí en el empeño.  
Lo que aquella noche viste  
ejecutar no lo cuento;  
el motivo sí, pues fue  
querer el Conde severo,  
faltándose a sí y a mí,  
hacer con entrambos ciego,  
blasón de lo soberano  
el furor de lo violento.  
Ernesto Pleysi dejó  
tratado mi casamiento,  
cuando pasó a los Cantones  
con una hija suya.

HERNÁN TELLO (Aparte.)  
¡Cielos  
muerto he quedado!

CARLOS  
Y aunque a ella  
rigores sólo y desprecios  
debo, pues los precio tanto  
que imagino que los debo...

HERNÁN TELLO (Aparte.)  
Alentemos, corazón.

CARRASCO  
Hombre, detén el resuello,  
que te habías dado en la nuca.

CARLOS

Con tan reverente afecto  
la idolatré, que a un pintor  
llevando, porque cogiendo  
sus perfecciones a hurto  
aquel simulacro bello  
hiciese, que por los ojos  
bebiese mi entendimiento.  
Con sólo un retrato suyo  
me quedé, que supo diestro  
al ruido de la esperanza  
embelesar mis deseos.  
Este es aquel que en Dorlan  
perdí; ya sabes que fueron  
tales entonces mis ansias,  
y tan raros mis extremos,  
que ofrecí por su rescate,  
no tan sólo cuantos medios  
tuviese, más también cuantos  
esperase, reduciendo  
lo adquirido, lo esperado  
y lo posible a su precio;  
siendo tanto lo que cabe  
del hombre en el pensamiento,  
que el poder de la fortuna  
más derramado en los premios,  
podía tal vez agotarlos,  
mas nunca satisfacerlos.  
Volvió Ernesto, y cuando yo  
esperaba del concierto  
la conclusión, quiso el Conde,  
por gala o por devaneo,  
servirla, de mí fiando  
su cuidado; mas yo atento  
le respondí, en el estado  
que se hallaba de mi empleo  
la esperanza. Desde entonces  
se opuso a mi vida fiero.  
¿Qué empresa de gran señor,  
digna de un alto concepto,  
fue quitarme a mí el honor?  
¿ni qué vanidad, supuesto,  
que cuanto es más gran señor,  
se descubre más; pues vemos,  
que el que no hace lo que debe,  
es acreedor de sí mismo,  
que jamás cobra de sí

lo que a sí se está debiendo?  
Por el suceso de aquella  
noche, me llevaron preso  
a una torre, donde en fin  
al rigor del hado adverso  
me vi a muerte condenado,  
sobre un fingido pretexto  
de política, intentando  
apasionado el Consejo,  
que el vengar mi ofensa fuese  
perderle al Rey el respeto.  
Más se le pierde el ministro,  
que ajando el poder supremo,  
la autoridad Real humana  
a sus pasiones, sirviendo  
como él quiere, y quizá sólo  
para los casos mal hechos.  
Mas yo, limando con oro  
los guardas, en un ligero  
bruto escapé, cuando de un  
riesgo salí a mayor riesgo;  
pues Renolt y sus parciales  
en venganza me siguieron  
de su injuria, y al caballo  
alcanzando el uno de ellos,  
le dio un balazo; de suerte,  
que desbocado, corriendo  
chocó en un tronco, quedando  
del golpe y la herida muerto,  
y yo a tus plantas rendido.  
Ea, generoso Tello,  
mi cólera y tu valor  
a la facción aunemos  
de vengarme: vive Dios,  
que ha de ver el Conde fiero  
cuánto pierde de su fama,  
quien pierde un hombre de esfuerzo.  
En el honor me ha ofendido;  
y si en su honor no me vengo,  
no siendo igual el agravio,  
no es igual el desempeño.  
El crédito ha de perder  
el Conde en Francia, si puedo;  
pues yo para Francia ya  
eternamente le pierdo.  
No más Francia: patria ingrata,

tú conocerás el yerro  
que cometes, en dejar  
que me pierda, no oponiendo  
contra las iras del Conde  
todo el poder de mis deudos.  
Aliéntese pues tus iras  
consume voraz el fuego  
a Amiens, y sea a su opulencia  
tumba la región del viento.  
Para esta Campaña hay  
tantas municiones dentro,  
que hoy es la plaza un tesoro  
militar de todo el reino.  
El Rey en persona quiere  
con sus victorias soberbio  
entrar en Flandes, a cuyo  
motivo va disponiendo  
el mariscal de Virón  
dos ejércitos tan gruesos,  
que anegar puede el tumulto,  
antes que mate el acero.  
España no tiene fuerzas  
para estorbar los progresos  
de esta campaña, en que Francia  
de su poder echa el resto:  
pues tú sólo has de librar  
a Flandes, que sorprendiendo  
a Amiens, con las municiones  
de guerra y boca, que han hecho  
allí almacenar, les quitas  
de la campaña los medios.  
Por este camino sólo,  
todo el poder destruyendo  
de los ejércitos grandes,  
que si les falta el sustento,  
tantos son los enemigos,  
cuantos soldados en ellos  
hubiere; y más, asentado  
que para formarse el cuerpo  
de un ejército, es el vientre  
el que se forma primero.  
No hay guarnición de soldados,  
que nunca la consintieron  
los burgueses, alegando  
heredados privilegios:  
y así, ellos mismos defienden

esta plaza; a cuyo efecto  
se alistan veinte mil hombres,  
repartidos en sus gremios,  
y toda gente adiestrada  
en el militar manejo.  
Pero en la puerta, que llaman  
de Monte-Curue, hay un puesto  
donde está el cuerpo de guardia,  
y estando ahora tan lejos  
de sospechar enemigos  
en la campaña, no habiendo  
ejército, los soldados  
se suelen entrar al fuego  
de una casilla vecina,  
donde las iras del cierzo  
reparan, por ser aquí  
tan riguroso el invierno,  
que siempre agua condensada  
en copos inunda el viento:  
por esta puedes entrar,  
que yo a llevarte me ofrezco  
seguro al muro; y así  
conseguiremos a un tiempo  
yo venganzas, tú blasones;  
porque si ofendido veo,  
perdido mi honor, cuánto es  
mejor perder el esfuerzo,  
que la paciencia, y más bien  
vengando, que no sufriendo.

HERNÁN TELLO

A descansar le llevad  
vosotros ahora, que luego,  
que yo a Dorlan con la gente  
vuelva, de espacio hablaremos.

(Sale un SOLDADO.)

SOLDADO

Hasta Amiens hemos seguido  
esa tropa; pero puestos  
en fuga, ninguno pudo  
llegar a reconocerlos.

HERNÁN TELLO

Bien está Carlos, a Dios.

CARLOS

El quiera que este veneno  
del alma, infestando a Francia  
deje sin ofensa el pecho.  
(Vase.)

FRANCISCO

¿Por qué, señor, respondiste  
al francés con tal despego,  
sin darte por entendido  
en nada, de cuan a tiempo  
su auxilio viene?

CARRASCO

Estuviste  
oyéndole circunspecto,  
sin moverte a nada, ¿no  
fías de él?

HERNÁN TELLO

Pluguiese al Cielo  
no nos creyésemos nunca,  
Carrasco, de mal contentos  
de Francia.

CARRASCO

¿Por qué?

HERNÁN TELLO

Porque  
se reconcilian tan presto  
como se enojaron; pues  
siendo tan fácil su genio  
en perdonar y ofender,  
lo que conseguido habemos,  
es perder era sus socorros  
tiempo, ocasión y dinero,  
y luego ellos ajustarse,  
dejándonos descubiertos,  
y van allá a revelar  
todo lo que acá supieron.  
Ya no he de fiarme de él,  
pues si él hace este despecho,  
enojado de que el Conde  
dirigiese sus obsequios

a Serafina, ¿qué hará  
después conmigo, que pienso  
quitársela a él, al Conde,  
a Francia y al mundo entero?

CARRASCO

Eso me concluye.

FRANCISCO

Una

por una, lo cierto es cierto;  
pues desde la noche, que  
de Amiens volviste, primero  
que me enviases a Bruselas,  
me mandaste ir encubierto  
a examinar de la plaza  
la situación, el terreno,  
fortificación, defensas,  
municiones y pertrechos;  
y lo mismo que él te ha dicho  
de la puerta, el indefenso  
cuerpo de guardia, y las otras  
cosas que ha contado, fueron  
las mismas que conté yo,  
y Ortiz, las veces que ha vuelto,  
ha convenido en lo mismo.

HERNÁN TELLO

Francisco, en lances como estos,  
se ha de usar del enemigo,  
como los médicos diestros  
usan del veneno, para  
que lleve el medicamento  
el corazón, donde siempre  
se va el tósigo derecho,  
echando el veneno en poca  
cantidad, que a no saberlo  
usar con recato, fuera  
mayor peligro el remedio.  
Del enemigo se fie,  
pero poco y con recelo;  
porque no hay destreza, como  
alambicando a un sujeto,  
saber separar lo malo,  
y valerse de lo bueno.  
Hoy con la orden de su Alteza,

despachar propios pretendo  
a Condé, Cales, Bapama  
y la Capela; y ordeno,  
que de aquellas guarniciones,  
ramos y destacamentos,  
hasta el número que pido,  
marchen aquí de secreto.  
Quiera piensa temeridades,  
ha de perder todo el miedo  
a la razón y al discurso,  
huir del entendimiento.  
Si a Fernán Cortés hubiera  
salida mal el intento  
de prender a Motezuma,  
dijéramos que era necio,  
loco, temerario y hombre  
de toda razón ajeno;  
salióle bien, la fama  
le ha colocado en su templo;  
que empresas grandes no caben,  
sino es en los grandes pechos,  
y son las temeridades  
su más terrible argumento;  
porque no las califica  
la razón, y sino el suceso.  
Atended ahora la orden,  
que esa mi empresa doy; pues creo  
si el intento se consigue,  
dejar al mundo un ejemplo  
de hasta donde llega el garbo  
de no estar en un empeño,  
a los ojos de una dama  
desairado un caballero.  
Francisco del Arco, tú  
y otros doce compañeros,  
los hombres de más valor,  
que se hallan entre los nuestros,  
en el traje de paisanos  
habéis de ir a Amiens, vendiendo  
frutas para su consumo,  
como villanos groseros,  
que andan en este país,  
con unos sacos de lienzo  
hasta los pies, con que pueden  
debajo de él ir cubiertos  
los puñales y pistolas,

que den a la acción aliento.  
Fabricaremos un carro  
de los más robustos leños,  
donde a la madera fuerte  
vistan cortezas de hierro,  
que resistan el rastrillo.  
Tú, Carrasco, has de ir rigiendo  
los caballos.

CARRASCO  
Vive Dios.

HERNÁN TELLO  
¿Cómo replicas, soberbio,  
así a mis preceptos?

CARRASCO  
Antes  
desde ahora los obedezco,  
que en empezando a votar,  
empiezo a ser carretero.

HERNÁN TELLO  
Tú has de llevar este carro  
a entrar en la plaza lleno  
de paja para su abasto,  
porque no sólo con esto  
las planchas de hierro cubra  
pero pueda llevar dentro  
mosquetes y partesanas  
y espadas que tomen presto  
Francisco y los suyos, cuando  
los pidiere el caso.

CARRASCO  
¿Y luego?

HERNÁN TELLO  
Este es el orden que es doy,  
que lo demás no revelo  
hasta su ocasión.

CARRASCO  
Pues ea,  
señor, vengamos al cuento,  
que si en la ocasión me miro,

y si del carro me apeo,  
han de saber, que nacidos  
me vinieron los reniegos.

FRANCISCO

Si han de ser doce los míos,  
yo voy, señor, a escogerlos  
en todos los reformados.

CARRASCO

Vive Dios, que hay mosquetero,  
que sabrá...

HERNÁN TELLO

No, no, Francisco,  
a reformados me atengo;  
que en estos casos la honra  
es otra parte de esfuerzo.

FRANCISCO

Pues marchemos a Dorlan.

HERNÁN TELLO

Pues a la plaza marchemos.

CARRASCO

Pues a hacer el carro vamos,  
donde verás lo que ruedo.

FRANCISCO

A disfrazarme.

HERNÁN TELLO

A vencer.

FRANCISCO

A dar triunfos.

CARRASCO

A echar ternos.

HERNÁN TELLO

Y yo a ofrecerla a las plantas  
de mi monarca supremo,  
para que la fama diga,  
que consiguió este trofeo

por su Rey y por su Dama  
Hernando Portocarrero.

*Escena VI*

Decoración de sala.

MADAMA SERAFINA, y las criadas con luces.

SERAFINA

Yo quedo bien advertida,  
señora, o desengañada,  
de no dar jamás entrada  
a las dichas de esta vida,  
donde tengan acogida  
tan dentro del pensamiento,  
que con proceder violento,  
nos traigan en cambio injusto,  
si al adquirirlas un gusto,  
al perderlas un tormento.  
Ricas copas, que adquirió  
Cotis de cristal, con fiera  
saña, antes que las rompiera  
otro, él mismo las rompió;  
porque tanto se agradó  
de ellas, que antes que el contento  
hiciese en el alma asiento,  
pedazos las hizo injusto,  
para no poner su gusto  
donde se le rompa el viento.  
Yo así, señora, debí  
hacerme esta tiranía,  
cuando para dicha mía  
os trajo la suerte aquí:  
el alma toda os rendí,  
y mi fortuna severa  
os ausenta de manera,  
que en la pena que resisto,  
diera por no haberos visto,  
cuanto antes por veros diera.

MADAMA DE  
SAN POL

Guárdete Dios, Serafina,  
que yo tan gustosa voy

de haber visto junta hoy  
con tau hermosura divina  
tu discreción peregrina,  
que aunque el dolor no resisto  
de ausentarme, pues conquisto  
esto, daré de esta suerte  
todo el pesar de no verte,  
de albricias de haberte visto.  
El Conde se ha de volver  
a Perona, a gobernar  
la provincia allí, y a estar  
más quieto a mi parecer;  
que su humor no puede ser  
para estar ni residir  
donde intenten resistir  
su imperio, si llega a ver,  
que aún no saca en el vencer  
la costa de competir.  
No te he dado el parabién,  
por las cosas que pasaron,  
de lo bien que se emplearon  
descuidos de tu desdén.

SERAFINA

¿Pues en quién, señora?

MADAMA DE

SAN POL

¿En quién?

SERAFINA (Aparte.)

¿Si por el Conde diría?

MADAMA DE

SAN POL

En alguna bazaría,  
que en la gala que llevaba  
yo como tuya buscaba,  
y la encontré como mía.

SERAFINA

Por quién lo decís no sé.

MADAMA DE

SAN POL

Tu secreto hacer codicia

un agravio a mi malicia;  
si entonces lo callé,  
no fue porque lo ignoré,  
pues yo le hablé, y yo le vi,  
y sólo le pido aquí,  
por nuestra amistad estrecha,  
que no desmientas sospecha,  
que me está tan bien a mí.

SERAFINA

No alcanzo yo en duda igual,  
sino es lo que presumí,  
que haya sospechas de mí,  
que a vos estén bien, ni mal;  
y si la sospecha es tal,  
como pensamos las dos,  
creed, señora por Dios,  
de mi altivez y desdén,  
que lo que a mí me esté bien,  
no os estará mal a vos.

FLORA

Su Alteza y el Potestad  
llegan.

*Escena VII*

Dichos, el CONDE, y ERNESTO.

ERNESTO

Si os he merecido  
favor, a vuestro rendido  
las plantas, señora dad:  
bien que de mi voluntad  
estaréis reconocida,  
que siente con alma y vida,  
que sea mi veneración  
de este obsequio la ocasión,  
el de vuestra despedida.

CONDE DE

SAN POL

Yo, señor Ernesto, intento  
mañana volver mi casa  
a Perona, así porque

la prevención acabada  
tengo aquí de cuantas cosas  
prevenir el Rey me manda,  
como porque a Amiens muy presto  
en ejecución la marcha  
pondrá el duque mariscal  
de Virón, a cuya causa,  
estorbar la concurrencia  
intento, por circunstancias  
del mando y las regalías,  
que entre nosotros se guardan.  
Muy agasajado voy  
de vos; mas siento en el alma,  
que hubiese dado ocasión  
aquella tema pasada,  
para escaparse Hernán Tello  
de en medio de nuestras armas;  
acción, que será imposible  
sin nuestra ofensa acordarla  
sólo quiero preveniros,  
que pues dentro de esta plaza  
presidio no recibís,  
viva con más vigilancia  
vuestro recato; pues tengo  
alguna luz de que traza  
Hernán Tello, convocando  
de todas estas comarcas  
las guarniciones, alguna  
correría, pues no halla  
mi conjetura, qué empresa  
puede moverle a juntarlas,  
si no es ésta: y advertid,  
que tenéis muy mal guardadas  
las espaldas con traidores.

ERNESTO  
¿Pues quién son?

CONDE DE  
SAN POL  
Si yo alcanzara  
a saber eso, antes fuera  
el furor que la amenaza:  
dígoles, porque imposible  
es que Carlos se escapara  
de la prisión, sin que aquí

le alentasen.

ERNESTO     (Aparte.  
Por si habla  
con la sospecha, de que  
por estar capitulada,  
con él mi hija, yo pude  
darle a su fuga las alas,  
le responderé.) Creed,  
que el oro lima las guardas,  
y a intereses de soldados  
persuade con eficacia,  
y que a no ser esto, en Carlos  
un escarmiento quedara,  
aunque Renolt mejoró.

CONDE DE  
SAN POL  
Yo me he de partir mañana;  
mas permitid, que una cosa  
diga, que quizás por clara  
no os gustará.

ERNESTO  
Vuestra Alteza  
disgustar no puede en nada  
a quien nunca de su gusto  
saldrá.

CONDE DE  
SAN POL  
Si fuera Monarca,  
vive Dios, que no tuviera  
de mi imperio en la distancia  
vasallos con privilegios,  
y que antes los conquistara.

ERNESTO  
¡Ah, señor, y cómo creo,  
que la altivez os engaña!

CONDE DE  
SAN POL  
¿Yo había de tener vasallos  
que el poder Real embarazan  
la Magestad absoluta?

ERNESTO

Los vasallos no le atajan  
el Rey el poder, sino  
la razón que tienen, para  
que el poder se ajuste a ella;  
y así, advertir que se llama  
imperfección del poder,  
poder hacer cosas malas;  
y ha de obedecerse a sí  
primero aquel, que a otros manda,  
para que así con su ejemplo  
consecuencia a todos haga.

CONDE DE

SAN POL

Del político problema  
dejemos aquí doblada  
la hoja, que yo espero en Dios,  
en la Corona de Francia,  
ver a Amiens sin privilegios.

ERNESTO

De lo futuro no alcanza  
la astrología sino  
unas vislumbres lejanas;  
y así la cuestión dejemos,  
que pues ya la noche baja,  
seña, contraseña y nombre  
repartiréis en las guardias,  
pues aún estáis esta noche  
dentro de Amiens: hija, a casa  
vamos.  
(Vase.)

MADAMA DE

SAN POL

Serafina, a Dios.  
(Vase.)

CONDE DE

SAN POL (Aparte.)

¡Ay, hermosura tirana!  
sólo siento que en la ausencia  
que mi amor emprender trata,  
yo mismo de mis ofensas

doy a tu rigor venganza.  
(Vase.)

SERAFINA

¡Ay, español, que me tiene  
tan neutral esta esperanza,  
que sin pensar en creerla,  
me consuelo con dudarla.

### *Escena VIII*

Campo frente de las murallas de Amiens.

Salen al son de cajas y clarines PORTOCARRERO, armado con su peto y espaldar, botas y espuelas, detrás FRANCISCO DEL ARCO y otros soldados de villanos, como han pintado los versos, con unos sacos de nueces y manzanas, y CARRASCO de carretero, con su látigo, CARLOS y ORTIZ vestidos de soldados, y soldados.

HERNÁN TELLO

¿Habéis ya entendido el orden?

CARRASCO

Sin discreparle palabra.

FRANCISCO

Fía de nuestro denuedo,  
que yo y estos camaradas,  
con la industria prevenida,  
apenas la puerta abran,  
cuando se la ganaremos.

ORTIZ

Si a nuestro esfuerzo se encarga,  
verá el sol antes que dore  
las cumbres de las montañas,  
o nuestras vidas perdidas,  
o sus defensas ganadas.

HERNÁN TELLO

Pues ya estamos a la mira,  
cese el rumor de las cajas,  
y el ruido de los clarines,  
que con dulces consonancias  
son pájaros de metal,  
que hacen a la aurora salva;

y puesto que nos hallamos  
a vista de las murallas,  
quede la caballería  
oculta en la enmarañada  
espesura, que a la vista  
es padrastro de esmeralda,  
que yo con doscientos hombres  
(que españoles éstos bastan)  
me emboscaré en esa Ermita,  
que está a la puerta cercana;  
porque en poniendo de frente  
los hombres que sólo alcanzan  
a cubrir su vuelo, unas  
filas a otras filas tapan,  
y en línea recta bien puede,  
aun después que Apolo salga,  
la Ermita ocultar a todos;  
porque en estando ganada  
la puerta acuda con ellos  
a mantenerla y guardarla.

#### CARRASCO

Yo vengo tan disfrazado,  
que al verme con esta traza,  
no dirán sino que soy  
carretero de la Mancha:  
ya en esa emboscada tengo  
el carro lleno de paja:  
¿qué habemos de hacer con él?

#### HERNÁN TELLO

Tú a tiempo que rompa el Alba  
tantas azules cortinas  
a transportines de nácar,  
al ir a entrar por la puerta  
los caballos desenlaza  
del tiro, con aquel muelle  
que artificioso los ata;  
y fingiendo entonces que ellos  
desbocados se disparan,  
has de procurar que quede  
parado el carro en la entrada  
de la puerta; de tal modo,  
que cuando el rastrillo caiga,  
quede suspenso en lo fuerte  
de las ruedas y las tablas:

que no habiendo allí caballos  
que tiren de él cosa es clara  
que no es fácil apartarle;  
y más si entonces las armas  
juegan Francisco y los suyos;  
pues acudiendo mi saña  
con la poca infantería  
que allí se queda abocada  
en la Ermita, entrar podremos  
sin que inconveniente haya  
por debajo de las ruedas;  
y si la puerta se gana  
en cuanto yo la defiendo,  
tú, Francisco, con tu escuadra  
has de subir al torreón,  
que corona la muralla,  
y levantar el rastrillo;  
porque pueda entrar formada  
la caballería que  
detrás de este bosque aguarda,  
y de allí la artillería  
volveréis contra la plaza;  
porque si ésta no se toma,  
segura la retirada  
tengamos allí al abrigo  
de sus bombas y sus balas.  
Estos seiscientos caballos  
desde el bosque en grupo traigan  
otros seiscientos infantes,  
que en dos cuerpos se repartan,  
echando pie a tierra, en tanto  
que éstos con esfuerzo hagan  
tiempo hasta que llegue el grueso  
que tiene por retaguardia;  
pues cogiéndolos dormidos,  
y entrando por calles varias  
gruesos cuerpos de mi gente  
aclamando Viva España,  
el susto y la turbación  
tengo por cosa asentada,  
que ni les dará lugar  
a defensa ni a ventaja,  
ni a ver los pocos que somos  
para una empresa tan alta.  
Pero por vida del Rey,  
que si alguno se desmanda

a pillaje o saco, en tanto  
que no esté ya asegurada  
la Plaza, y cruzado el viento  
con las Católicas Aspas,  
le he de quitar yo la vida;  
porque otro alivio no hallan  
empresas como éstas, cuando  
por acaso o por desgracia  
no pueden ser conseguidas  
que haber sido bien pensadas.  
Y Dios nos dé esta victoria,  
que en empresas temerarias,  
el modo de conseguirlas,  
es el no considerarlas.

FRANCISCO

Si hará, confianza en Dios,  
supuesto que te acompañan  
más de seiscientos caballos  
entre bridas y corazas,  
y dos mil infantes.

ORTIZ

¿Y es  
como quiera la distancia  
a veinte mil hombres que  
dentro pueden tomar armas?

FRANCISCO

¿Qué importa, si son Burgueses?

CARRASCO

No andemos en pataratas,  
las muchos siempre son muchos,  
aunque sean unos mandrias;  
¿pero usted qué lleva?

FRANCISCO

Nueces,  
que les han de salir caras.

CARRASCO

El Capitán de las Nueces  
me parece que te llaman  
ya en Flandes, y que por eso  
dirá en adagios la fama

que el ruido es más que las nueces.

HERNÁN TELLO

Amigos, ya el día raya:  
a su puesto cada uno,  
que de mirar tan cercana  
la dicha o desdicha, todo  
el pecho se sobresalta.

CARLOS

Con mi espada y mi persona  
te sirvo contra mi Patria;  
y si he callado, es porque  
en ocasión tan bizarra,  
donde están prontas las obras,  
ociosas son las palabras.

HERNÁN TELLO

Amigos, nuestro es el día.

FRANCISCO

A ejecutar lo que mandas  
voy: ea, amigos, valor.

TODOS

Verás tu empresa lograda,  
que hemos de morir contigo.

CARLOS

Hoy se logró mi venganza.

CARRASCO

Hoy el carro me ha cogido,  
si sale la industria mala.

HERNÁN TELLO

Hoy es el día en que ciño  
de laurel mis esperanzas.

*Escena IX*

Sale un SARGENTO francés, RICARTE y soldados franceses, y van poniendo en el cuerpo de guardia alabardas y mosquetes, y toca un clarín.

SARGENTO

Puesto que a romper el nombre  
hace seña la alboreada,  
venga, que al abrir la puerta  
he de entregarle la guardia.

RICARTE

Mala vida es ser soldado,  
yo mejor sirviendo estaba  
a Carlos.

SARGENTO

¿Qué es lo que dice?

RICARTE

Que no le replico nada,  
Seo Sargento, que a ser posta  
vengo yo como una bala.

SARGENTO

En el cuerpo de guardia ahora  
vaya poniendo las armas:  
ah centinela del muro,  
ah del muro.

(Sale un SOLDADO en lo alto.)

SOLDADO

¿Quién me llama?

SARGENTO

Ved si para abrir la puerta  
segura está la campaña.

SOLDADO

Sólo en ella se divisan  
unos villanos que aguardan  
para entrar con bastimento.

RICARTE

Yo cobraré mi pitanza.  
(Vase.)

SARGENTO

Pues yo voy a abrir las puertas.

RICARTE

El señor Sargento vaya,  
que yo hago aquí centinela.

*Escena X*

Descúbrese la puerta, y salen el SARGENTO, FRANCISCO y su gente.

SARGENTO  
Buenos días, gente honrada.

FRANCISCO  
Su merced los tenga buenos.

ORTIZ Y  
Dios le dé buena Pascua.

TODOS  
Loado sea Dios,

SARGENTO  
¿Qué traen aquí?

FRANCISCO  
Nueces y manzanas  
a vender.

SARGENTO  
¿Serán muy buenas?

FRANCISCO  
Sí, como no salgan vanas.

ORTIZ  
Tome su merced con tiento,  
que con su trabajo gana  
de comer un pobre hombre  
dando gritos por las plazas.

RICARTE  
Podrida es ésta.

FRANCISCO (Aparte.)  
Carrasco  
mucho con el carro tarda.

SARGENTO

Buena fortuna han tenido  
en entrar su hacienda salva  
hasta aquí, porque españoles  
dicen que en la tierra andan.

FRANCISCO

¡Ay, señor, si nos cogieran!

ORTIZ

¡Qué gente tan desalmada!

(Dentro CARRASCO.)

CARRASCO So, caballos del demonio.

SARGENTO

¿Qué es esto?

RICARTE

Un carro de paja que  
entra por la puerta.

CARRASCO

¡Oh, todos  
los demonios os llevarán!  
So, caballos de un ladrón.

RICARTE

Si son vuestros, camarada.

FRANCISCO

Bueno va, pues debajo  
del rastrillo el carro para.

SARGENTO

Hombre, anda con ese carro,  
que la puerta embarazada  
tienes.

CARRASCO

¿Cómo quiere usted  
que ande, si se me disparan  
con más de seis mil demonios  
los caballos o las hacas?

SARGENTO

Ande, y sea como fuere.

CARRASCO Seo Sargento, brava, brava,  
¿sin caballos ha de andar?

SARGENTO

Ande, o vive Dios, que haga  
con esta alabarda puerta  
todo su pecho.

CARRASCO

Fanfarria.

SARGENTO

¿De dónde eres, o quién eres?

CARRASCO

Pues, hombre, acaso te casas  
conmigo, que eso preguntas?

SARGENTO

Vive Dios, si no mirara...

CARRASCO

Ves aquí, que ya no miras.

(Dispara CARRASCO una pistola, cae el SARGENTO, y los españoles echan mano a las armas del carro y del cuerpo de guardia, cae el rastrillo, y quédase sobre el carro.)

SARGENTO

Muerto soy.

FRANCISCO

Ea, camaradas:  
a ellos.

UNOS

Traición, traición.

OTROS

Al rastrillo, a la muralla.

FRANCISCO

Ya cayó el rastrillo, pero  
detenido con las tablas

del carro, a los españoles  
entrada dejan.

TODOS  
Arma, arma.

(Cajas.)

HERNÁN TELLO  
Pues ya se empezó el ataque,

(Salen por debajo del carro PORTOCARRERO y los suyos.)

y la puerta está ganada,  
a defenderla, españoles:  
ese rastrillo levanta,  
Francisco, entrarán por ella  
los caballos que se avanzan.

SOLDADO  
Ya se levantó el rastrillo.

HERNÁN TELLO  
La acción más desesperada  
es defender esta puerta.

SOLDADO  
Ya entran todos.

TODOS  
Arma, arma.

(Cajas.)

CONDE DE  
SAN POL  
¿Qué es esto, Ernesto?

(Éntrese acuchillado, y salen el CONDE y ERNESTO.)

ERNESTO  
Señor,  
que la ciudad ocupada  
de españoles está.

CONDE DE  
SAN POL  
¿Cómo?  
yo sabré recuperarla,  
muriendo.

ERNESTO  
Ya es imposible,  
pues de las calles y plazas  
son dueños; mejor será  
que vuestra Alteza se vaya.

CONDE DE  
SAN POL  
¿Cómo es posible que yo,  
dejando dentro a Madama,  
me ausente?

ERNESTO  
Como es mejor  
salir, para rescatarla  
vos, que el quedar los dos presos.

CONDE DE  
SAN POL  
Si eso aconsejan las canas,  
no el valor; y vive Dios,  
pues el caso os desengaña,  
de que vuestros fueros son  
de vuestra pérdida causa;  
pues si soldados hubiera,  
nunca la empresa lograrán:  
que yo me retiraré,  
mas será mi retirada,  
saliendo con los que pueda  
del batallón de mis guardia,  
espada en mano, y a ellos,  
que en fin lidiando se salva,  
aunque sin provecho lidie,  
el provecho y la desgracia;  
y si a Madama me dejo,  
es por volver a cobrarla  
juntamente con Amiens,  
con todo el poder de Francia.

*Escena XI*

Salen por un lado los españoles, y por otro las damas.

NISE

Pidámosle buen cuartel.

TODOS

Vuestra clemencia nos valga.

HERNÁN TELLO

Nadie ofenderos procura,  
que nunca contra las damas  
los españoles aceros  
cortan.

(Sale FRANCISCO DEL ARCO.)

FRANCISCO

Ya toda está llana  
la ciudad a tu obediencia;  
pues que de ella el Conde falta,  
que espada en mano rompiendo  
cuantos batallones halla,  
salió de la plaza.

(Sale CARLOS.)

CARLOS

Donde  
se malogró mi venganza,  
no pudiéndole alcanzar.

HERNÁN TELLO

Antes de pasar a nada,  
lo primero es, que una escolta  
sirviendo vaya a Madama  
hasta dejarla en Perona,  
que no quiero disgustarla,  
en que esté del señor Conde  
sólo un instante apartada.

MADAMA DE

SAN POL

Aunque estimo, como es justo,  
hidalguía tan bizarra,

no me he de partir tan presto  
que no deje ejecutadas  
vuestras bodas, siendo yo  
madrina; y pues ignorancia  
fuera, viendo esta fineza,  
extrañar por quien se haga,  
yo haré con Ernesto, que  
tenga por bien empleada  
la mano de Serafina  
en vos.

CARLOS (Aparte.)  
Cielos, ya sin alma  
vivo.

HERNÁN TELLO  
Yo sólo procuro,  
pues que vos sabéis mis ansias,  
y mi palabra he cumplido,  
que me cumpla su palabra.

SERAFINA  
Sí haré, si mi padre gusta.

ERNESTO  
Y yo estoy a vuestras plantas  
es albricias.

HERNÁN TELLO  
Carlos, vuelve  
a Dorlan, de aquí te aparta,  
que no quiero que conmigo  
lo que con el Conde hagas,  
ni que tu retrato busques,  
pues en mi poder se halla.

CARLOS  
Armas dí contra mí mismo.

TODOS  
Y aquí tiene fin la hazaña,  
que hizo el famoso Hernán Tello  
por su Rey y por su Dama.

## **Por su rey y por su dama**

Hernán Tello Portocarrero en la acción del sitio de Dorlan, adquirió de manos de un soldado un retrato de una señora francesa, de tanta hermosura, que esto y su carácter tan valiente como amartelado le sugieren la idea de buscarla por Francia. A la sazón se había convenido una tregua entre españoles y franceses, y aguardaba Tello en una quinta a Ernesto, caballero francés que iba a ser gran Potestad de Amiens, con toda su familia; y al ver a su hija Serafina, reconoce en ella el original del retrato que tanto le había prendado, a lo que se sigue el obsequiarla galante, y enseñarla el retrato que no puede recabar de Serafina se lo deje, diciéndole como de fisga, que si tanto le interesa, vaya a conquistarlo a Francia, lo que él promete, dando orden de que al romper el Alba monten las mejores tropas para ir convoyando a sus huéspedes hasta la raya. Llega el Conde de San Pol, nombrado Gobernador de Amiens, con su esposa y familia, a quien sale a recibir de parte del Magistrado de dicha ciudad Carlos Dumelin, rogándole descanse en la quinta mientras se hacen los preparativos para su entrada. En esto se siente ruido originado de haberse volcado el carro de Ernesto, en que iba Serafina, a quien traen desmayada, y a cuyo socorro acuden el Conde de San Pol, oculto amante de ella, Carlos Dumelin, que era el dueño del retrato que adquirió Hernán Tello, a quien trató también éste en su cautividad, y el mismo Tello que se arrostra a pasar la raya, y que cogiendo a sus dos desconocidos rivales por la espalda, los aparta con alguna violencia, y se presenta para dar socorros a Serafina. De aquí nace una contienda entre los dichos y Hernán Tello, sobre haberse violado por éste la tregua invadiendo el territorio francés, de la que se prevale el Conde de San Pol, que traía instrucciones secretas de su Gobierno para romperla, de cuyo compromiso se evade noblemente Tello, retirándose con la espada desnuda, pero sin volver la espalda.

Celebrándose máscaras en Amiens, entran en ellas Hernán Tello y Carrasco disfrazados con mascarilla y a la francesa, a cuya función acuden también el Conde de San Pol, su esposa, Serafina, Nise, Flora, Carlos Dumelin, Renolt y Ricarte. Esa esta función baila Hernán con Serafina, se apasiona ésta decididamente de él, se excitan los celos de la Condesa de Saint Pol, los de éste contra Carlos, y la herida causada a Ernesto y muerte de Renolt, mientras Tello y su criado habían salido fuera a estar en acecho a la ventana a donde le había citado Serafina. El trocar de los disfraces de Carlos y Ricarte, a quienes venían persiguiendo con Hernán y Carrasco, les facilita con seguridad volver al baile, en el que se le equivoca con el que hirió a Renolt. Descúbrese quien es, y se suscita una discordia entre el Conde de San Pol y entre el Potestad Ernesto sobre sus respectivas facultades respecto a aprisionar a Hernán, el cual a favor de la obscuridad se salva en el cuarto de Serafina, cuyo asilo se lo proporciona ella misma, rogándole no la comprometa más con sus arrojos, y se lleve el retrato; pero no vuelva a verla más. Hernán no accede a la segunda proposición, sino a servirla a todo trance, a lo que accede Serafina con tal que consiga que sea Amiens de España, o Dorlan de Francia, eligiendo el amante la primera de estas proposiciones.

Caviloso Hernán sobre la gran empresa que meditaba, noticioso por Ortiz, que había entrado en Amiens disfrazado, de las disposiciones de Serafina y de Francisco del Arco, de las del Archiduque Alberto en cuanto a enviar gente, sobreviene Carlos Dumelin, que

resentido del Conde de San Pol, se acoge a su patrocinio, habiéndose escapado de la torre en donde había sido condenado a muerte bajo un pretexto político. El deseo de vengarse del Conde le induce a sugerir a Hernán un medio de tomar a Amiens, con cuyas noticias dispone el héroe un ingenioso ardid de guerra con el que alcanza la toma de la plaza y la mano de Serafina.

Este es el tejido de una comedia, cada uno de cuyos Actos es una proeza del protagonista, y su conjunto un asunto digno de ser imitado por nuestros poetas modernos con respecto a los héroes de nuestra nación, pues en tal caso sería el teatro un estímulo poderoso de valor y heroicidad, en que serían disimulables muchos defectos literarios en gracia del objeto que el autor se propusiese. Bajo este aspecto no debe extrañarse lo difuso de la relación de Hernán Tello Portocarrero en la primera jornada; así porque el arte no había llegado a la perfección de envolver un diálogo ingenioso el prólogo secreto o antecedentes de la acción, sino que el objeto de los autores era el del que luciesen los primeros papeles con una pomposa y larga relación, cuanto por las exactas descripciones que hace del carácter español y francés, y máximas políticas que encierra. Es muy galante y discreto, o como se dice en el día, muy espiritual el primer coloquio de Hernán Tello y Serafina, muy interesante la Escena de las máscaras, por el peligro de los dos amantes, divertidos los personajes episódicos, y satisfactoria la última jornada, que llena los deseos del espectador o lector, que necesariamente se siente conmovido de sensaciones patrióticas, y un secreto pero noble orgullo de ser compatriota del héroe.